

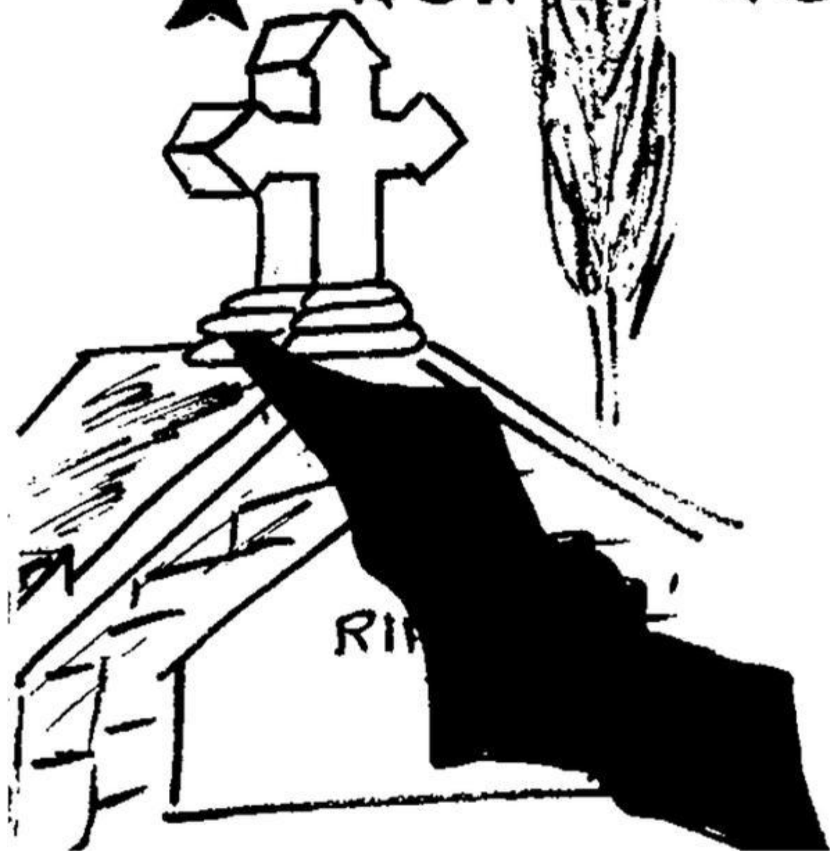
RALPH BARBY

12

SHOCK

TERROR

escalofríos de TERROR



RALPH BARBY

SHOCK

Colección
ESCALOFRÍOS TERROR Nº 12

Ediciones Olimpic S.L.
Apdo. Correos, 9428
08080 — Barcelona

ISBN 84-7750-045-2
Depósito legal: M — 10.186-1988
1.ª edición: mayo 88
1ª edición en América: noviembre 88

Concedidos derechos exclusivos a favor de
Ediciones Olimpic S.L.
Fotomecánica LOSER S.A.
Imprime FUTURA GIESA
Distribuye: R.B.A.
Pol. Ind. Zona Franca
Sector B. Calle B, nº 11
08004 Barcelona

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, es simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Carrie detuvo suavemente el pequeño automóvil. El suelo estaba mojado. Bajo la luz de las farolas, brillaba como si fuera charol.

Los limpiaparabrisas estaban quietos, ya no llovía. El lugar era muy solitario. Las casas se alineaban a la derecha porque en el lado izquierdo solo había un largo muro de piedra de casi tres metros de altura.

—¿Es aquí? —preguntó Carrie a su amiga Melissa que viajaba con ella en el pequeño pero nuevo coche.

—Sí, creo que es aquella tienda. —La señaló a través de los cristales perlados de gotitas de lluvia.

—¿Crees que merece la pena seguir adelante?

—Carrie, te pareceré una tonta, pero no sé, me atraen mucho estas cosas. Me siento insegura y…

—Bueno, bueno, no te excuses. Me has pedido que te traiga y aquí estamos, pero yo no entro en ese rollo.

—Vas a acompañarme, ¿verdad? No pensarás dejarme sola ahora —protestó Melissa en la oscuridad del automóvil.

—Oye, oye, has sido tú la que ha querido visitaˆ a ese personaje. Yo te he acompañado, simplemente.

—Quiero que me lea el porvenir, saber si me irá bien el empleo en el que me van a poner a prueba y…

—Claro, claro, y también si Emil te va a pedir que te cases con él.

—Me conformaría con que me pidiera que nos fuéramos a vivir juntos.

—Compartimos el mismo apartamento, Melissa. Si te vas con Emil…

—No estoy mal contigo, todo lo contrario, se trata de otra cosa.

—Ya, se trata de dormir cada día con un hombre. Mira, yo también deseo que me llegue esa situación, aunque en ocasiones no

estoy tan segura de que sea lo mejor. Los hombres me parecen a veces unos primates estúpidos, y me cogen escalofríos de pensar que voy a quedar sometida a uno de ellos, que se me va a colocar encima para cabalgarme como a una yegua.

—Por favor, Carrie, dicho así suena fatal.

—Sí, claro, una cosa es el instinto y otra la frialdad del razonamiento.

—Por favor, acompáñame, me da miedo entrar sola.

—¿Por qué no lo olvidas? Después de todo, se dice que es malo querer conocer el futuro.

—No te burles. —Miró hacia el muro de piedra y preguntó—: ¿Sabes qué es esto?

—No.

—El cementerio.

—Cáspita, a buen sitio me has traído y de noche. ¿Estás tratando de que no me quede sola junto a este muro mientras tú consultas a esa bruja?

—Está bien, si deseas quedarte aquí, hazlo, seguro que saldré en pocos minutos.

—¡Espera, espera! —le pidió, mirando con desconfianza el muro del cementerio.

Ambas salieron del coche y se dirigieron hacia la pequeña tienda de la que salía una luz mortecina. Nada más acercarse al primario comercio, pudieron oler a hierbas diversas.

—Es una herboristería, pero su dueña hace otras cosas también. No es la típica y tópica adivinadora que te encuentras en los túneles del "metro" o cerca de los lugares turísticos. A esta mujer solo acude la gente que sabe descubrirla.

—Por lo que veo, no parece que se haya hecho rica. Es un consuelo pensar que no te va a estafar mucho dinero.

Entraron en el establecimiento y sonó una campanilla. Sobre el mostrador de madera había un gran gato negro enroscado, tan quieto que parecía disecado, pero al sonido de la campanilla abrió perezosamente sus ojos de color amarillo. Las pupilas verticales del animal se clavaron en los ojos de Carrie.

—Ese gato no me gusta, es demasiado grande. Si saltara sobre nosotras nos haría daño. —Vamos, vamos, Carrie, ahora pareces tú la supersticiosa.

En aquel momento apareció la propietaria de la tienda, una tienda donde no podían verse las paredes porque quedaban cubiertas por estantes repletos de cajones con hierbas y tarros de loza conteniendo raíces pulverizadas, cremas obtenidas con extrañas grasas de animales y vegetales.

—Buenas noches —dijo con voz grave.

Las dos jóvenes quedaron impresionadas. Aquella mujer era altísima, debería medir casi dos metros. De cabello gris canoso, vestía como una zíngara, con grandes aros colgando de sus orejas. Su piel era gruesa y rugosa, su nariz muy grande y caída. Resultaba difícil aceptar que fuera una mujer.

La extraña zíngara de edad indefinible se colocó tras el mostrador. Alargó su mano grande de dedos largos casi sarmentosos y acarició al gato sin mirarlo.

Este agradeció la caricia moviendo la cabeza de tal forma que obligaba a la mujer a repetirla, a mantener la presión de sus dedos.

—Hermoso gato —dijo Carrie por cumplir.

—Sí, "Lucifer" es un hermoso animal.

—Señora, hemos venido… —comenzó a decir Melissa alto titubeante, impresionada por el aspecto y la estatura de la propietaria del establecimiento—. Señora Grass, me han dicho que usted…

—¿Leo el porvenir? —preguntó la propia mujer con su voz grave y oscura.

—Sí, eso me han dicho.

—¿Las dos quieren conocer el porvenir?

—No, yo no —se apresuró a decir Carrie, señalando con el pulgar a su amiga—. Es ella, yo solo la acompaño.

—Yo no busco a nadie para leerle el futuro, señorita, no soy una adivinador? de feria.

¿Se lo han dicho?

—Sí, me lo han dicho, por eso creo que es usted legal, quiero decir auténtica, que no es una embaucadora.

—Señorita, yo no me niego a leerle el porvenir. Hay veces en que el futuro está más claro y otras, más oscuro—, pero en ocasiones, los que se han acercado a mí han lamentado conocer su futuro.

—¿Sí, y qué hace entonces? —preguntó Carrie más segura de sí,

sonriendo irónica y algo burlona—. ¿Les devuelve el dinero?

—Acepto la voluntad, pero no busco el lucro y quería advertirle que algunos suicidios se han debido a saber demasiado.

—Yo, yo no voy a suicidarme —se apresuró a decir Melissa.

—Pase a la trastienda y usted, aguarde aquí, por favor —le pidió a Carrie.

Melissa bajó la mirada para no encontrarse con un mudo reproche de su amiga y siguió a la adivinadora hacia la trastienda, desapareciendo por detrás de la cortina.

Los ojos de Carrie se pasearon por los estantes. Trató de interesarse por cuanto allí había, pero se encontró con que los rotulitos estaban escritos en una lengua totalmente extraña para ella. No sabía si podía ser árabe, hebrea o alguna variante de estas.

Tuvo la sensación de que alguien se quejaba o hablaba de una forma extraña a su espalda. Inquieta, pues se creía sola en la tienda, se volvió y se encontró cara a cara con el gato que la miraba a su vez con los ojos muy abiertos.

—No me gustas, me das miedo —le dijo al gato en voz baja.

El felino hizo un gesto con el que semejó burlarse de Carrie. Esta se alejó hacia la puerta y miró al exterior, a la noche, a la calle mal iluminada por una triste farola, al muro que tenía delante al otro lado de la calzada y que Melissa le había dicho era el cementerio.

—¿Por qué diablos habré hecho caso a Melissa? —musitó para sí.

A Carrie le parecía que su amiga se iba a quedar una eternidad en la trastienda. El gato seguía inmóvil sobre el mostrador, sin perderla de vista, pero salvo mirarla y lanzar extraños quejidos, pues no podía calificárseles de maullidos, no estaba en actitud de ataque.

“Y la pobre Melissa se va a creer todo lo que esa bruja le diga”, se lamentó, mirando su reloj con impaciencia.

Carrie jamás se había planteado que pudiera sentir aversión o alergia hacia los gatos como ocurría a algunas personas. Tampoco participaba de las supersticiones que aseguraban que la presencia de un gato negro traía mala suerte y que si este cruzaba por delante de uno en determinados momentos, podía llegar a cortarle el hilo de la vida.

Carrie era racionalista aunque, como la mayoría de la gente,

estaba marcada por las enseñanzas recibidas en la niñez y en ellas se le había asegurado que había monstruos, brujas, diablos, muertos que escapaban de sus tumbas, y aunque su racionalismo le impidiera creer tales leyendas, su cerebro, como el de la mayoría de los humanos, estaba marcado y ciertas sensaciones de angustia o miedo estaban por encima de su racionalismo cartesiano.

Aquel gato negro y extraordinariamente grande la inquietaba. No se sentía a gusto a solas con él en la pequeña tienda repleta de diferentes olores. "Lucifer", no era raro que a un gato le pusieran el nombre de un diablo. Un gato era rebelde y el diablo había sido el ángel rebelde. Además, el gato era taimado, animal nocturno amigo de la luna, cazador carnicero, sin piedad para con sus víctimas.

Al fin reapareció Melissa. Pese a la escasa luz que ofrecía la bombilla que las iluminaba, 3 Carrie le pareció que la muchacha estaba pálida y nerviosa. Carrie buscó más allá de su amiga y la señora Grass no apareció. La cortina se cerró tras Melissa y esta, sin mirar a parte alguna, le dijo:

—Vámonos.

—¿Ya está?

A la pregunta de Carrie, Melissa asintió con la cabeza y ambas salieron a la calle.

Comenzaba a lloviznar de nuevo. Era una lluvia fina que apenas se veía, había que mirar hacia la farola para poder verla caer.

Cruzaron la calzada. Se acercaron a la pared del cementerio y junto a él caminaron hasta el coche en el que se encerraron buscando su calor y protegerse de la lluvia.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Carrie cuando ambas quedaron aisladas del exterior.

—Nada importante, ya te contaré.

Carrie hubiera deseado que su amiga le contara lo sucedido con la adivinadora. No quería creer en la adivinación, pero estaba intrigada. Deseaba saber qué le había dicho la altísima zíngara a Melissa para ponerla tan nerviosa y dejarla tan callada.

Decidió respetar el silencio de Melissa, segura de que en cualquier otro momento terminaría abriendo su corazón y su boca, quizás en la intimidad del apartamento que ambas compartían.

Carrie maniobró en la calle estrecha haciendo subir las ruedas traseras en marcha atrás sobre la acera. Luego, giró con rapidez y

aceleró cambiando marchas. El cementerio y la herboristería de la zíngara quedaron atrás.

De cuando en cuando, Carrie lanzaba una mirada de reojo a Melissa que viajaba silenciosa, con aspecto preocupado.

—Ya te he dicho que no te pusieras en manos de una adivinadora de esas. Están las que solo te echan flores y te dicen que harás viajes y encontrarás a un hombre guapísimo o las agoreras, y por lo que deduzco te has topado con una de estas últimas.

—Ten cuidado, no corras mucho.

—¿Qué te pasa, no eres tú la que siempre pide que pise el acelerador? —se burló, tratando de abrir brecha en el pesimismo que parecía embargar a su amiga.

—Ten cuidado, llueve, todo está mojado —Insistió Melissa.

—Oye, ¿esa bruja te ha dado algo de beber?

—¿De beber, por qué?

—No sé, estás muy rara.

Se produjo un silencio mientras el automóvil conducido por Carrie se introducía en la carretera alejándose de la pequeña población convertida en suburbio de la gran metrópoli.

—¡Cuidado, esas luces! —gritó Melissa.

Las luces largas del vehículo que circulaba en dirección contraria, al golpear contra el parabrisas mojado, llenó de luz los ojos de las muchachas, cegándolas e impidiéndoles ver lo que tenían delante.

El pie de Carrie, calzado con zapato de medio tacón, soltó el acelerador para pisar con fuerza el freno, pero los neumáticos se negaron a detenerse en el acto y resbalaron sobre el suelo mojado mientras las malditas luces se les echaban encima.

—¡Hijo de puta! —chilló Carrie instintivamente contra quien chocaba contra ellas porque rodaba por el carril contrario, es decir, por el que las dos muchachas circulaban con su vehículo.

Todo sucedió en un instante tan breve que no dio tiempo a pensar. Las dos jóvenes no notaron ni los golpes, el fogonazo de luz fue lo último que vieron.

Ambas se sintieron fuera del alcance de la gravedad terrestre y después, la impenetrable oscuridad.

Ni Carrie ni Melissa iban a oír el entrechocar de hierros, el

estallido de los cristales, las exclamaciones de los primeros curiosos, los fuertes aullidos de las ambulancias, nada, ni el gotear del aceite de los cárteres reventados ni el de la lluvia que enfriaba los motores.

CAPÍTULO II

Carrie no sabía cuánto tiempo había estado escuchando ruido de pasos, de voces lejanas o en tono de cuchicheo, el “clic” de los interruptores de la luz.

Tuvo la impresión de que vivía en un mundo de pequeños ruidos en los que no participaba. Los sueños se entremezclaron en su mente formando un calidoscopio abstracto que le creaba angustia y sufrimiento.

—Sé que puedes abrir los ojos —susurró una voz cerca de su cara. Era una voz femenina y agradable—. Sé que puedes separar los párpados y debes hacerlo. Has de enfrentarte a la realidad y abrir los ojos, porque todo ocurrió hace ya tiempo.

Abrió los ojos muy despacio, como si sus pestañas se hubieran entrelazado unas con otras, las de los párpados superiores con las de los inferiores.

En la estancia había muy poca luz, una lamparita indirecta y la ventana protegida por una persiana de lamas de aluminio pintadas en color crema.

La visión fue borrosa. Demasiado tiempo con los ojos cerrados. La mujer que tenía enfrente le pidió:

—Tranquila y quieta. Te voy a poner unas gotas de colirio y verás bien después de un par de minutos.

Carrie no opuso resistencia. Las gotas cayeron sobre sus ojos. Al principio, todo se enturbió más, pero después sintió frescor y la visión se aclaró hasta hacerse totalmente nítida y perfilada.

Junto a la cama había una mujer de treinta y pocos años. Vestía bata blanca y portaba un identificativo en rojo sobre el pecho. Podía decirse que era hermosa. Sonreía abiertamente sin dejar de mirarla.

—Estaba segura de que habías despertado. En pocos días saldrás de aquí, dentro de la desgracia tuviste mucha suerte. No temas por

tus cicatrices, las que han quedado están bajo el cabello y no se ven. Te rompiste algunos huesos pero estás bien. Salvo dolores por algún tiempo, no van a quedar secuelas.

—¿Un accidente? —preguntó al fin Carrie separando los labios como antes había separado los ojos. Al hacerlo, Carrie se sorprendió al oír su propia voz.

—Sí, un accidente. ¿No lo recuerdas?

—No.

—No te preocupes, suele suceder en estos casos. Los accidentes graves en que se pierde el conocimiento por un tiempo pasan a la bolsa del olvido, no queremos recordarlos. Yo soy psicóloga y estoy aquí para ayudarte.

—¿Psicóloga?

—Sí, llámame Beatriz. Te ayudaré a salir del hospital y luego, si tienes problemas de personalidad, de recuerdos, puedes acudir a mí que trataré de ayudarte, pero has de ser tú misma quien haga el gran esfuerzo para volver a ser la que fuiste.

El rostro de Carrie reflejó mucha preocupación. Beatriz notó el estado anímico de la paciente y acercó su mano a la frente de ella como para Infundirle confianza.

—No temas, no te ha pasado nada grave. Estás recuperada y pronto volverás a tu vida anterior. No te acuerdas del accidente, pero cuando llegues a recordarlo, lo asimilarás y no le darás más valor que un hecho pasado del que has podido recuperarte.

—¡Un espejo! —exigió de pronto con voz autoritaria.

Beatriz, la psicóloga, la miró con cierta inquietud. Todavía era prematuro hacerle un diagnóstico mental. Carrie acababa de despertar y no se acordaba del accidente, por lo tanto no podía sufrir ningún complejo de culpabilidad, complejo que solían arrastrar muchos accidentados. ¿Qué le pasaba entonces? ¿Hiedo a quedar minusválida, de mostrar cicatrices que pudieran causar aversión? ¿Qué bullía en la mente de Carrie en aquellos momentos?

—Espera, te traeré un espejo —condescendió Beatriz.

Carrie levantó sus manos hasta acercarlas a su rostro. Tocó sus cabellos, sus manos buscaban.

La tardanza de Beatriz le pareció una eternidad, pero al fin apareció con un espejo ribeteado en plástico blanco, un espejo que no tendría más de un palmo de alto por algo menos de ancho en

figura rectangular. Carrie tomó el espejo entre sus manos y lo puso frente a su rostro para mirarse.

—¡No es posible! —exclamó, y dejó caer el espejo sobre su cuerpo.

Beatriz recogió el espejo para evitar que se rompiera al tiempo que trataba de calmarla.

—Estás bien, solo tienes el cabello muy cortito porque hubo que cortarlo para curarte las heridas de la cabeza. Volverá a crecer, no temas, tienes un cabello hermoso y si no te gusta aparecer con el pelo así de corto, cómprate una peluca. Las encontrarás de todas las medidas y colores. Escoge la más parecida a tu cabello natural y nadie lo va a notar.

Carrie había vuelto a encerrarse en sí misma después de la exclamación. El gota a gota que la alimentaba seguía sujeto a su brazo con esparadrapo, la aguja clavada en su vena.

—Descansa, volveré a verte. La única diferencia entre antes del accidente y ahora es el pelo más corto. Ya te he dicho que las cicatrices quedan ocultas en el cuero cabelludo, volverás a ser la de antes.

Como si sus ojos fueran un par de ostras, Carrie cerró las bivalvas y se aisló voluntariamente del mundo, un mundo que por el momento solo era una habitación de hospital y una psicóloga que trataba de ayudarla.

Cuando Beatriz salió al corredor cerrando sigilosamente la puerta, se encontró con el doctor Wellmoon que llevaba unas hojas en sus manos.

—¿Sigue inconsciente? —preguntó el médico refiriéndose a Carrie.

—No, ha despertado. Ha pedido un espejo y se ha asustado.

—¿Asustado? Creo que es la chica que más suerte ha tenido después de sufrir un accidente como el que tuvo. Su amiga no tuvo tanta suerte, claro que la cirugía plástica puede hacer milagros.

—Conscientemente no recuerda el accidente, pero yo creo que tiene un trauma encerrado. Me temo que me va a dar trabajo.

—Si ha despertado, habrá que empezar a darle alimento por vía oral y que pase a recuperación. Tú cuidarás de ella y que en fisioterapia comprueben que todo le funciona bien, en caso contrario habrá que pasarla a neurología, aunque no creo que esté

afectada neurológicamente. Tiene que comer, levantarse, hacer ejercicio, pasear y volver a la vida normal.

—Totalmente de acuerdo contigo, Wellmoon, pero esta chica tiene algún trauma encerrado y eso puede ser tan malo como quedar parapléjico, aunque los cirujanos no lo creáis.

—Si tú lo dices…

Mientras se alejaban por el corredor, Carrie, sola en la habitación, volvió a abrir sus ojos. Comprobó que no había nadie en derredor y buscó instintivamente el espejo, pero se lo había llevado Beatriz.

Volvió a tocarse el rostro, incrédula, luego los cortos cabellos que habían ido creciendo durante su postración en aquella cama de hospital.

Levantó la sábana y trató de verse a sí misma, lo que no consiguió. Buscó con sus manos los pechos que si encontró y palpó.

—No puede ser, no puede ser —repitió con angustia—. Estaré soñando… Tengo que dormir más para poder despertar. Y cerró de nuevo los ojos.

CAPÍTULO III

La psicóloga Beatriz miraba algo inquisitiva a Carrie que estaba sentada al otro lado de la mesa, seria, silenciosa, distante.

—Físicamente estás bien, has mejorado de aspecto. Si no te gusta ir con el pelo cortito, puedes ponerte una peluca hasta que tengas tu media melena o melena larga, como prefieras; no obstante, me gustaría que hablásemos más.

—¿Más, y sobre qué?

—Sobre ti, sobre lo que sientes. Tienes que recuperar la alegría de vivir. Además, me parece que ocultas algo.

—¿Ocultar, el qué?

—No lo sé, soy psicóloga, no adivina. Tampoco soy policía y no tengo por qué interrogarte. Mi profesión solo me obliga a ayudarte a que recuperes la normalidad.

—Si necesito consejos, ya vendré a verte —replicó Carrie con sequedad.

Beatriz le entregó una tarjeta.

—Guárdala, ahí está mi número de teléfono. Si te sientes mal, si vives una situación que no puedes soportar, antes de hacer ninguna tontería, antes de tomar cualquier determinación, llámame, sea de noche o de día.

—¿Quieres decir antes de que pueda suicidarme? —preguntó con sonrisa sarcástica.

—Carrie, te he conocido en este hospital. No sé cómo eras antes, pero puedo decirte que después de un accidente grave se puede cambiar de carácter si no se saben asimilar bien los hechos dramáticos vividos.

—¿Y qué más te da a ti sí he cambiado o no?

—Soy psicóloga, he estudiado para que me importen los problemas psíquicos de los demás. De todos modos, no vamos a discutir. Según todos los diagnósticos, estás bien, no has sufrido

ninguna merma física y, que se sepa, no tienes secuelas del accidente, aunque lo mismo psiquiatras que psicólogos nos cuidamos mucho de dar este veredicto tan pronto. Una secuela física puede tardar un montón de años en ponerse en evidencia. Hay ocasiones en que esa secuela es una bomba con espoleta retardada.

—¿Estás tratando de decirme que me he vuelto loca?

—En absoluto, solo trato de ayudarte. Deseo que confíes en mí sí te sucede alguna situación extraña. Cuando se tiene familia, son los familiares los primeros que notan las anomalías que uno mismo no percibe en su propia conducta, pero tú vives sola, tienes familiares lejanos pero como si no los tuvieras porque vives en total independencia. Nadie te va a vigilar con amor ni con ojos críticos.

—No quiero que me vigile nadie.

—Nadie va a vigilarte. Hubo un accidente y será un juez el que sentencie sobre lo que ocurrió, aunque al parecer quedó claro que la culpa la tuvo el otro vehículo, el delincuente que lo conducía.

—¿Delincuente? —repitió Carrie.

—Sí, no sé mucho del asunto, me interesabas tú y no él. Murió en el propio choque, huía de la policía. Los delincuentes, cuando huyen en automóvil, suelen causar accidentes graves de circulación. Tú fuiste una víctima de esa desagradable situación.

—¿Y cómo se llamaba él?

—Lo ignoro, solo me dijeron que era un delincuente habitual y que murió en el choque. Si quieres enterarte, ve a la policía, busca en periódicos atrasados o consulta a tu compañía de seguros. Si quieres que haga esa gestión…

—No, gracias, tampoco tiene importancia, solo era curiosidad.

Carrie se levantó. Tomó la bolsa de plástico donde estaban sus cosas y abandonó el despacho de la psicóloga sin siquiera despedirse ni darle las gracias. Parecía muy ensimismada.

Beatriz, preocupada, la vio alejarse.

Estaba segura de que Carrie encerraba algún trauma con el que todavía no quería enfrentarse y de que volverían a verse.

Carrie subió a un taxi. Antes de plantearse nada, en forma automática, dijo:

—Ciento veintitrés de East Road.

El taxista asintió con la cabeza y aceleró alejándose del pequeño hospital de distrito.

El edificio de apartamentos era grande, con estructura de panal y fachada con muchos cristales, un edificio moderno con algo de ajardinamiento en la amplia acera, laterales y fachada posterior.

Carrie pagó al taxista y con la bolsa en la mano, se quedó frente al edificio.

—Miauuu, miauuu…

Carrie volvió su rostro para mirar hacia un macizo de plantas. Allí había un gato negro mayor de lo normal, un gato de ojos amarillo fosforescentes que la miraba con sus pupilas verticales. Sus maullidos no eran una llamada pidiendo caricias o comida; eran como quejidos o protestas cargadas de amenazas.

—Gato maldito, márchate —le dijo Carrie con voz gruesa.

El gran gato negro no pareció cogerle miedo. Se quedó allí en el macizo de plantas mientras Carrie se introducía en el edificio.

—Buenos días, señorita Carrie —saludó el portero—. ¿Se encuentra ya bien?

Carrie le miró como desconcertada, pero se apresuró a sonreír.

—Sí, gracias, ya me han dado el alta. Ahora, unos días de reposo.

—Disponga de mí para lo que desee —le dijo el portero, un hombre delgado, de estatura media, que la miró con ojos lascivos.

Era obvio que la joven le gustaba. Sentía una fuerte atracción sexual hacia ella, una atracción que sus ojos no disimulaban.

“Hijo de perra”, casi llegó a decir Carrie entre dientes antes de encerrarse en el ascensor.

Subió a la octava planta y de forma maquinal sacó la llave de su bolso. Abrió el apartamento adentrándose en él y cerró tras de sí la puerta que la aislaba del mundo exterior.

El apartamento no era lujoso ni grande, pero si moderno y acogedor para una persona joven. Un saloncito con ventana alzable, la pequeña cocina, dos habitaciones y el baño.

Dejó la bolsa de plástico sobre una butaca. Se acercó al gran ventanal y miró al exterior. Los edificios que tenía delante estaban alejados y no eran muy altos, no le quitaban luz.

Pasó a una de las habitaciones y estuvo examinando la cama, la mesita de noche y la pared donde había pegadas varias fotografías en las que destacaba una chica alegre y varios jóvenes.

Miró el armario, había ropa colgada y ropa interior en los

cajones. Abandonó aquel cuarto y pasó al otro.

Allí no había fotos en las paredes ni sobre la mesita de noche, pero al abrir el cajón de esta descubrió varios carnets plastificados en los que aparecía el retrato de una hermosa joven. Carrie se reconoció. Agitó los carnets en su mano y los volvió a dejar en el cajón, cerrando este.

Observó las prendas colgadas en el armario y después los cajones en los que había sujetadores, medias, bragas y finísimos y cortos camisones.

Seleccionó un sujetador, unas bragas, medias y un liguero blanco. Lo dejó todo sobre la cama y después pasó al cuarto de baño donde se desnudó. Quería bañarse, llenarse de gel espumoso y alejar de sí lo que ella creía hedor a hospital. Haría lavar sus ropas con agua caliente, o quizás fuera mejor quemarlas o tirarlas a la basura.

El cuarto de baño, sin ser grande, era muy completo. Tenía espejos murales y suelo y paredes de mármol blanco veteado.

Desnuda, se enfrentó al espejo.

Quería ver su cuerpo, aquel cuerpo que habían asegurado no tenía cicatrices visibles. Los grandes morados habían desaparecido y los huesos rotos habían sido reducidos y estaban curados totalmente, aunque era cierto que en algunos momentos sentía dolores.

Frente al espejo, observó su cuerpo con mucha atención, parecía asombrada de sí misma.

Interesada en su figura, en las curvas de su anatomía femenina, resiguió con las manos la forma de las caderas. Las paseó luego por su vientre, acariciándolo. Las subió a los pechos palpándolos suavemente y con las yemas de los dedos buscó los pezones que acarició con habilidad hasta hacerlos crecer.

Notó entonces que algo pasaba por todo su cuerpo. Era una corriente de placer que ascendía desde los muslos por el vientre y alcanzaba su punto álgido en los pezones. Los pechos parecían habérsele endurecido. Estaban más altos, más agresivos, con los pezones enhiestos. Sus manos dejaron los pechos para acariciar su tibio vientre.

Los dedos descendieron para abrirse paso entre el vello del pubis buscando su sexo que acarició despacio, casi con temor. Notó que

sus ojos aumentaban de calor, que querían cerrársele.

Se descubrió a sí misma haciendo gestos con los labios, con los dientes, gimiendo levemente mientras su cuerpo ondulaba como en busca de mejores posiciones.

Sus ojos se buscaron en el espejo y le pareció ver los ojos lascivos del portero, de aquel nombre que la deseaba, que hubiera saltado sobre ella en aquellos momentos para derribarla y violarla.

—Hijo de puta… hijo de puta… ¡Hijo de putaaaa!

Las rodillas le temblaron y se le doblaron después como incapaces de sostener su cuerpo. Se agarró al borde de la bañera y allí quedó jadeante durante un tiempo, no supo si minutos u horas enteras.

Más recuperada, abrió el grifo hasta que salió el agua caliente. Un rato después, su cuerpo estaba sumergido en el agua y la espuma del gel se desplazaba sobre ella como gráciles icebergs.

De pronto, quedó sorprendida al ver aparecer a una mujer en el cuarto de baño.

—Hola —saludó la recién llegada con rostro serio, sentándose sobre la tapa de la taza del sanitario.

—Hola —respondió Carrie sin dejar de mirarla, sin preguntar nada. Descubrió entonces nía cicatriz en la frente de la joven y otra en la mejilla que quedaba bastante oculta por la forma de llevar el cabello.

—¿Qué te parece mi cara? —preguntó sarcástica.

—La cirugía plástica puede arreglar eso, ¿no?

—Es lo que me aseguran. Primero querían que curase todas mis heridas, Incluso los huesos rotos de la cara. Luego vendrá lo de las cicatrices, todo de golpe no puede ser. Por el momento tengo que dejar que el pelo me oculte parte del rostro.

—Volverás a ser muy bonita, más bonita que antes —le dijo Carrie desde el interior de la bañera donde seguía sumergida.

—No te culpo, Carrie, aunque te pedí que no corrieras tanto, que el suelo estaba mojado.

—La culpa la tuvo el otro, ya te lo han dicho, ¿no?

—Sí, un delincuente que huía de la policía y al que no importaba circular por el carril contrario.

—Entonces, yo no tuve la culpa, no puedes hacerme responsable.

—No he querido verte en el hospital, sé que has estaco inconsciente mucho tiempo por los golpes en la cabeza, pero tus cicatrices no se ven y las mías, sí.

—No me tengas envidia, yo estoy muy descentrada. Me falla la memoria y voy a cometer muchas torpezas, tú tienes que ayudarme a superarlas.

—¿Torpezas?

—Seguro, es como si tuviera una amnesia *parcial. La* psicóloga dice que voy a *tener* algunos problemas mentales.

—No me digas que te has vuelto loca —casi se rio Melissa.

—No, claro que no, pero algo de amnesia y confusiones sí las voy a tener. Por lo visto me di duro en la cabeza y algún otro hueso que me rompí y que ahora me duele.

—No quería verte, Carrie, y estoy dispuesta a abandonar el apartamento ahora que has regresado.

—Si me dejas sola es que me haces responsable —le reprochó.

—No te hago responsable, pero yo tampoco soy la misma. A ti te falta la melena, la verdad es que estaba acostumbrada a verte con ella.

—El pelo crecerá y, mientras, me han sugerido que me compre una peluca.

—No es mala idea —admitió Melissa.

—Y tú, ya verás cómo superas eso de las cicatrices. No te retrases, seguro que la compañía paga.

—Sí, la compañía de seguros se hace cargo, pero tengo miedo.

—¿Miedo a que te hagan desaparecer las cicatrices?

—Miedo a que no lo consigan y quedarme con cicatrices para siempre. Ya he visto miradas compasivas a mí alrededor. Aunque no lo creas, he llorado mucho.

—Lo comprendo. La verdad es que yo no he tenido tiempo de llorar y me gustaría hacerlo, descansaría.

—Tú no tienes por qué llorar, tú ya has salido de esto.

—Todavía no, todavía no. —Comenzó a levantarse dentro de la bañera—. Anda, alárgame la toalla grande.

Melissa se levantó de la taza del sanitario donde había permanecido sentada todo el tiempo y tomando la toalla, cubrió a su amiga. Esta le pidió:

—Ayúdame a secar, por favor.

Melissa comenzó a frotarla con la toalla. Carrie notó que le secaba hasta el pecho y sintió algo desconocido hasta entonces, pero no dijo nada. Dejó hacer a su compañera que parecía más tranquilizada después del diálogo que habían sostenido tratando ambas de clarificar su propia situación.

Con naturalidad, Melissa le dejó la toalla encima del cuerpo y se alejó a través de la alcoba de Carrie hacia el saloncito. El teléfono había comenzado a llamar, Insistente.

—Carrie, es para ti —llamó Melissa desde el saloncito.

Carrie, envuelta en la toalla, cruzó la habitación. Fue hasta el saloncito y allí tomó el teléfono de la mano de su amiga.

—¿Quién es?

—No sé, no lo ha dicho.

Se lo llevó al oído y preguntó:

—¿Diga?

—Miauuu, miauuu, miauuuu…

No era alguien gastándole una broma y haciéndose pasar por un gato; era un maullido quejumbroso, cargado de protesta y veladas amenazas.

Carrie soltó el auricular con violencia mientras se le crispaba el rostro.

—¿Quién es? —preguntó Melissa con aire distraído.

—Seguro que un gracioso —respondió Carrie sin mirarla, regresando a su habitación donde la esperaba la ropa interior que había dejado sobre la cama, las pequeñas y provocativas bragas, el sujetador en el que parecía no iban a caber sus grandes y turgentes pechos, el liguero para sostener las finas medias negras.

CAPÍTULO IV

Las luces que venían de frente le cegaron.

Una nube de angustia asfixiante invadió todo su ser. Dio un golpe de volante, pero ya era tarde y lo sabía, tarde, muy tarde…

Un golpe sordo, entrechocar de hierros que se doblaban. Tuvo la sensación de que ascendía como si pilotara una avioneta y casi de inmediato cayó dando tumbos, cabeza arriba, cabeza abajo. Después la quietud, el aturdimiento. No había dolores pero tampoco podía moverse.

Sirenas de policía y después el estallido, el fragor, el fuego que le envolvía.

Todo era rojo y amarillo y gritó, gritó desesperadamente.

Se incorporó sin dejar de gritar. La luz de nuevo volvió a cegar sus retinas.

—Tranquila, tranquila, no pasa nada —le dijo una voz femenina mientras unas manos cogían sus brazos y terminaban abrazándola.

Carrie descubrió el rostro de Melissa.

—Todo ha pasado, todo ha pasado. Tranquila, solo ha sido una pesadilla.

Carrie temblaba de terror mientras gemía:

—El fuego, el fuego me devoraba.

—Ya pasó, ya pasó. Dicen que estas pesadillas suelen ocurrir después de un accidente grave. Yo he tenido alguna, pero parece que tú vas a tener más que yo.

—Lo he vivido en la pesadilla como si me estuviera pasando de verdad.

—Sí, hay pesadillas tan reales que nos hacen sufrir, pero ya ves, no es nada.

—Sí, no es nada —admitió Carrie mirando el rostro de su amiga cuyas cicatrices no quedaban ocultas. En cambio» parecía que ella las tenía en la mente y no podían verse.

—Te traeré una copa de ginebra. No sé si es lo mejor, pero no me atrevo a darte pastillas. Que sea un médico, no vayas a drogarte y sea peor.

Carrie no dijo nada, dejó que Melissa hiciera lo que quisiera. Al poco, esta regresó con una copa de ginebra que le alargó. Carrie la tomó, la bebió de un solo trago y después tosió con fuerza.

—No tan aprisa —le dijo Melissa.

—Qué raro —comentó Carrie todavía tosiendo ligeramente—. Si copas de estas me las tragaba sin pestañear.

—Vaya, no lo sabía, lo llevabas muy escondido.

Carrie alzó su zurda, pues aún tenía la copa en su mano derecha, y acarició suavemente las cicatrices resiguiéndolas con los dedos.

—Lo siento, Melissa, lo siento, yo soy la culpable.

—No, no te sientas culpable, será peor. Fue el infortunio, la mala suerte de encontrarnos cara a cara con un delincuente que huía de la justicia. Ahora, será mejor que vuelvas a dormirte.

—Espera, espera, no te vayas todavía.

—¿Es que quieres que te cuide como a una criatura? —se burló Melissa.

—Quiero un poco de compañía.

—Antes del accidente eras tú la fuerte. Creí que era yo la hundida a causa de las cicatrices.

Carrie levantó las ropas del lecho y pidió a su amiga:

—Cierra la luz y hazme compañía, métete en la cama.

—Bueno —aceptó Melissa como si estuviera tratando con una niña pequeña. Hizo lo que le pedían y se metió en la cama junto a Carrie.

—¿Cómo van tus amigos, Melissa?

—No quiero verlos, en especial a Emil, no quiero verle hasta que pase por la cirugía plástica. Sólo le he hablado por teléfono y le he dicho que si viene a verme, hemos terminado.

—¿Y él acepta? —preguntó Carrie en la oscuridad, casi como un susurro.

—Emil me gusta mucho —fue confesando Melissa—, pero no podría soportar que viniera conmigo por lástima.

—Nadie ha de ir contigo por lástima, estás muy bien —runruneó Carrie.

—Tú eres más guapa que yo, siempre lo has sido, lo que pasa es

que eres más independiente, más despegada.

Melissa notó entonces que los dedos de Carrie jugueteaban con uno de sus pechos. Con habilidad, lo sacó de la camisa de dormir y las yemas buscaron el pezón, excitándolo.

—¿Qué haces, Carrie?

—¿No te hago cosquillas?

—Sí, claro, pero creí que estabas asustada y que tenía que hacerte compañía como a una niña pequeña.

—No soy ninguna niña y tú tampoco.

—Entonces, deja de hacer eso.

—Tonta, imagínate que soy Emil. No hay luz, no me ves y hace tiempo que él no te acaricia, ¿verdad?

—Es que tú no eres Emil —protestó Melissa sin demasiada fuerza, tratando de apartar la mano de Carrie pero sin oponer la suficiente resistencia. Por contra, Carrie insistía y no dejaba que su mano fuera apartada.

—Si no te estás quieta, me iré a mí habitación —amenazó Melissa.

Notó como los dedos de Carrie se paseaban suavemente por la fina piel de su abdomen. Se entretenían juguetones en su ombligo y descendían al vientre.

—Estate quieta, me haces cosquillas.

—Las cosquillas son placer —musitó Carrie que hacía avanzar más y más sus hábiles dedos en busca del objetivo deseado.

—No, no, noo —protestó Melissa tratando de apartarse de ella.

Carrie la dominaba y Melissa se encontraba entre dos fuerzas, la de la resistencia y rechazo y la de la entrega pasiva. Poco a poco, esta última era la que vencía porque el placer que sentía desataba sus instintos.

Notó el aliento de Carrie, los labios que besaban su rostro mientras los dedos de su amiga seguían acariciándola con una habilidad que la hubiera sorprendido de poder razonar en aquellos momentos; pero no podía razonar, toda ella eran sensaciones de placer. Su cuerpo temblaba y fue incapaz de rechazar los labios de Carrie que encontraron su boca y la besaron con fruición, con ansia, parecía que le arrancara el alma por la boca.

La punta de la lengua de Carrie golpeaba sus dientes, buscaba su lengua, y cuando la encontró, jugueteó con ella. La hizo despertar,

la hizo vibrar y cuando toda ella gimió mientras su cuerpo se convulsionaba levemente y se humedecía con una perfumada pátina de sudor, Carrie le succionó la lengua como si quisiera arrebatársela. Luego, montó a horcajadas sobre su amiga y se agitó como si cabalgara, como si Melissa fuera una yegua y Carrie la amazona.

Aún gemía Melissa cuando Carrie lanzó un grito de rabia y comenzó a golpearla con los puños cerrados.

—¡No, Carrie, no, me haces daño!

—¡Cabrona, puta, maldita bruja, maldita sea! —chillaba Carrie golpeándola sobre los hombros, sobre el pecho y la cara que Melissa se apresuró a protegerse con manos y brazos.

Como una fiera con rabia desatada, Carrie saltó del lecho y fue de un lado a otro de la alcoba arrojando cuanto encontraba a su paso al suelo o contra las paredes. Parecía dispuesta a destrozarlo todo.

Melissa, callada, dolorida, prefería quedarse quieta en la oscuridad de la alcoba.

Esperaba que aquel ataque de locura de su amiga terminara cuanto antes.

De pronto, sonó el teléfono.

Melissa, quieta en la oscuridad de la alcoba, pensó que con aquel timbre podía terminar el ataque de locura de su amiga, el teléfono podía devolverla a la realidad. Jadeante y convulsa, Carrie se acercó al teléfono y lo descolgó.

—¿Quién es?

—No escaparás —dijo una voz tan grave que no parecía humana. Luego—: ¡Miauuu, miauuu!

—¡Hijo de puta! —rugió Carrie fuera de sí colgando el teléfono con violencia mientras Melissa escapaba de la habitación para pasar a su cuarto y cerrar con llave la puerta, poniéndose así a salvo de la locura furiosa de su amiga. Se lanzó sobre la cama y comenzó a llorar.

CAPÍTULO V

La casa, por su aspecto exterior, era sórdida. Se accedía al piso mediante una escalera estrecha y oscura. No parecía el lugar idóneo para que una mujer joven pasara por allí sin peligro alguno.

Una puerta mal barnizada, con suciedad de años, le cerraba el paso. Carrie hundió el botón del timbre y aguardó a que le abrieran.

Al fin, la puerta se abrió y una bombilla colgante, sin pantalla, les iluminó. Se encontró frente a un tipo alto y grueso, fornido, en camiseta y con pantalones sostenidos por tirantes.

La miró sonriendo con una boca muy grande de labios groseros. Iba despeinado y sus cabellos revelaban que podía tener casi los cuarenta años.

—¿Está Rosy?

—¿Rosy? ¿Por qué preguntas por ella, preciosa?

Carrie no estaba intimidada ni inhibida. Se filtró al interior de aquella vivienda que era más grande de lo que cabía suponer en un principio. Era una casa antigua, con un montón de habitaciones, solo que todo allí dentro estaba sucio y parecía que fuera a desmoronarse de un momento a otro.

Carrie llegó hasta un saloncito con dos sofás y varios muebles, todo ello tan sucio como el resto de la casa.

—¿Dónde está Rosy? —volvió a preguntar Carrie, muy segura de sí, casi con agresividad.

Aquel individuo la miró divertido. Había cerrado la puerta tras de sí y acercándose a ella le dijo:

—Rosy está trabajando.

—¿Trabajando? Si no lo ha hecho nunca…

—Pues, ahora trabaja para mí.

—Rosy es de Kappa —puntualizó Carrie al borde de la irritación.

—¿Kappa? —Soltó una carcajada cargada de goteante saliva que no terminaba de salir de su garganta—. ¿Es que no sabes que Kappa

murió? —Volvió a reír, muy seguro de sí—. El muerto al hoyo y el vivo al bollo. Yo no he estado cepillando a la desconsolada Rosy que ya no tiene quien la proteja; pero claro, no íbamos a pasar todo el tiempo metidos en la cama. Rosy es joven y su cuerpo gusta, de modo que la he enviado al club de un amigo.

—¿Qué club?

—¿Y a ti qué te Importa? —le replicó Lionel—. Ahora, ella es cosa mía y sabe que si no me obedece, le retorceré el pescuezo para siempre. Se acabó la protección de Kappa.

Cuando alguien se muere, sus bienes los hereda otra —¡Cerdo! —le escupió Carrie.

—¿Cerdo? Ya te enseñaré yo…

Aquel tipo fue hacia ella. Carrie, de un salto, logró zafarse de él al tiempo que le propinaba un mazazo en la oreja que consiguió derribarlo.

El hombre, ya en el suelo, se enfureció más.

—Con que esas tenemos, ¿eh? Presumes de saber karate, pero ya te enseñaré yo.

Carrie corrió hacia la puerta de salida, más esta se hallaba cerrada con llave. Aquel canalla había dado vuelta a la llave y guardado esta en su bolsillo. Al ver a Carrie sin poder salir, volvió a reírse insultante.

—No puedes escapar, bonita, y te voy a dar unas cuantas lecciones prácticas sobre cómo deberás comportarte con los clientes, porque tú vas a trabajar para mí lo mismo que Rosy.

Carrie intentó escapar de aquel pasillo que parecía una ratonera. El hombre fue cerrándole el paso con los brazos.

—Lionel, apártate porque si no te arrepentirás —silabeó fría y amenazadora, sin vacilación alguna.

—Te hace falta un poco de agitación, guapa, y yo te daré toda la que necesitas.

La aplastó contra la pared. Con sus manazas, cogió la ropa femenina por el cuello e hizo saltar botones y cremalleras de las prendas que Carrie llevaba, dejando sus pechos al desnudo.

—Magnífico, primera calidad.

La mujer se lanzó a morder con tal fiereza el rostro de Lionel que le arrancó parte de la mejilla.

El proxeneta lanzó un grito de dolor mientras veía su carne entre

los dientes femeninos.

—¡Maldita perra!

Con terrible violencia, Lionel lanzó un puñetazo a la joven. Esta ladeó la cara y el golpe le dio en el hombro. Fue derribada, pero antes de que Lionel la volviera a coger, no en vano era más pesado y torpe que ella, estiró sus piernas para no ser atrapada.

Lionel quiso cogerla por el tobillo y se quedó con el zapato en la mano. Carrie logró llegar de nuevo al saloncito y allí se lanzó contra un jarrón sujeto a la pared, un jarrón conteniendo unas ajadas y polvorientas flores de tela. Introdujo su mano en él y la sacó armada con una pistola.

Cuando ya Lionel se le venía encima, lo encañonó con ella.

—Quieto, hijo de puta —le dijo, más serena que cualquier otra mujer en su situación.

—Espera, espera… ¿A qué juegas ahora? —preguntó Lionel dándose cuenta de que lo que le apuntaba al rostro no era una pistola de fogueo sino un arma que podía disparar plomo capsulado en metal.

—¿Qué querías, violarme?

—Bueno, no exactamente —dijo, tocándose la mejilla que le dolía fuertemente y goteaba sangre—. Hacer el amor no es violar.

—¿A qué club has enviado a Rosy?

—Al “Shoper”. ¿Por qué te interesa tanto esa putilla?

—Esa putilla vale más que tú, hijo de perra.

Carrie jaló el gatillo una sola vez. El fogonazo y el estampido parecieron unísonos. La bala se metió por la boca del proxeneta que se tambaleó con los ojos muy sorprendidos por aquel inesperado final.

Había creído que podría dominar a una mujer joven, distinguida y elegante que había entrado dando órdenes.

Las grandes manazas trataron de atrapar a Carrie en su último abrazo, pero esta se hizo a un lado y Lionel se fue al suelo boca abajo.

Todavía llevaba los pechos al descubierto. Carrie compuso su ropa, se guardó el arma y revisó los bolsillos de su víctima. Encontró algo de dinero que guardó para sí.

Después, rebuscó por las habitaciones y no encontró lo que deseaba. Defraudada, fue hasta la cocina. De un armarito bajo sacó

un bidón de plástico conteniendo alcohol. Con él en la mano fue hasta el muerto.

Acercó los sofás al cuerpo caído como para cobijarlo y después lo roció con el alcohol del bidón que tendría la capacidad de un galón.

Se acordó de que Lionel tenía la llave en el bolsillo y la tomó. Después, se apartó y encendió un fósforo que arrojó sobre el cadáver que se inflamó inmediatamente.

El fuego invadió el saloncito y Carrie se apresuró a marchar hacia la salida. Abrió la puerta y volvió a cerrarla bajando aprisa la escalera. Tenía que alejarse de allí antes de que los vecinos se percataran del incendio.

Salió del portal, aún no se veía el fuego. Los sofás, al quemarse, despedirían mucho humo.

—¡Fuego, fuego! —gritó alguien, señalando hacia el bajo del edificio.

Con naturalidad, con las manos hundidas en los bolsillos de su gabardina, Carrie se fue alejando hasta que se detuvo en una zona de estacionamiento. Allí, escogió uno de los automóviles. Sacó una ganzúa pequeña y abrió la portezuela.

Se introdujo en el coche y se inclinó para apartar los hilos del contacto. Juntó unos que seleccionó con rapidez mientras pisaba el acelerador y consiguió ponerlo en marcha mientras la gente corría al ver el incendio que tomaba mayores proporciones.

Si los bomberos tardaban en llegar, no iban a encontrar mucha cosa, máxime siendo el edificio en parte antiguo y de madera.

Carrie no tenía deseos de quedarse a contemplar el fuego y pisando fuerte el acelerador del coche que acababa de robar, se alejó diluyéndose en el tráfico de la gran metrópoli.

CAPÍTULO VI

Las puertas de la "sex-shop" estaban pintadas de verde. Un arco de bombillas rojas encendidas actuaba de reclamo. No había otros reclamos, pero quien entrara en aquel establecimiento ya sabía más o menos lo que iba a encontrar.

Parecía que no se fuera a detener. Carrie avanzaba resuelta por la acera en aquel tramo más iluminado por el arco de luces rojas que por la farola cercana. Había llovido y el suelo de la ciudad brillaba.

El vaho que salía de la gente que se aventuraba a ir a pie indicaba que la noche era fría, que había que protegerse.

Carrie llevaba subido el cuello del abrigo de piel de nutria. Sus ojos miraron en derredor como comprobando que nadie la veía y entró en el establecimiento.

El local estaba bien iluminado por focos rojos, verdes o azules según los objetos que había que iluminar. Un mostrador en herradura, una amplia estantería en una de las paredes exhibiendo cassettes, videocassettes con las caretas bien visibles anunciando lo que en ellas podía encontrarse, grabaciones porno en todos los grados, a gusto del consumidor. En la otra pared había látigos, cinturones de castidad, objetos para la práctica del sadomasoquismo.

—¿En qué puedo servirla? —preguntó un hombre con bigote ancho y una sonrisa servicial que, sin embargo, transmitía algo más.

"Una mujer joven y rica, sin duda una viciosa del sexo que busca algo para excitarse, no sé si sola o en una orgia con otros", se dijo el propietario de la "sex-shop".

—Veo que tiene muchas cosas —observó Carrie con aire displicente paseando la vista en derredor.

—Seguro que aquí encontrará lo que busca, tenemos de todo, nacional y de importación. También puede llevarse un

videocassette, son excelentes para entrar en calor.

—No busco eso —respondió Carrie dándole la espalda y encarándose con las cassettes audio.

—Bueno, una grabación adecuada, sonando en la oscuridad, resulta fenómeno. Tengo unas que es como si la llamaran por teléfono y lo que podrían decirle para excitarla. No compromete a nada.

—¿Quién le ha dicho que quiero excitarme? —preguntó volviéndose hacia el comerciante y clavando sus ojos en él.

—Si ha entrado aquí, será para comprar algo adecuado —dijo el vendedor, sorprendido por la dureza de aquella mirada.

—¿Qué es eso? —Carrie señaló unas correas que colgaban de un gancho.

—Eso es una especie de prótesis. Algunas lesbianas la utilizan para poseer mejor a sus parejitas digamos pasivas.

—Poniéndose eso, como si fueran unas bragas fuertes, es como convertirse en un macho, ¿verdad?

—Pues sí, y tiene una verga magnífica. Puede acercarse y tocarla, es algo espléndido, no es totalmente rígida, tiene cierta flexibilidad. Algunos dicen que es del tamaño que corresponde a un jugador de baloncesto.

—¿Y esas otras que hay en la vitrina? —señaló otros falos de plástico de colores que quedaban protegidos por el cristal.

—Son consoladores. Una grabación de audio y uno de estos consoladores basta para relajar a algunas mujeres que triunfan profesionalmente y no quieren estar atadas a nadie.

—Bien, veo que tiene de todo. ¿Y cocaína? El vendedor empequeñeció sus ojos.

—¿Y tú quién eres?

—Me envía Kappa —dijo Carrie sin pestañear.

—¿Kappa? El murió.

—Sí, pero me dijo que tú me darías el paquete.

—No sé de qué me hablas.

—Sí lo sabes, y es mejor que me lo des.

—Oye, no serás de la “bofia”…

Del interior de la ancha manga de su abrigo, Carrie sacó una pistola con la que apuntó al comerciante.

—¿Qué significa esto? —preguntó el hombre, desconcertado

ante el pequeño orificio oscuro que le estaba apuntando con la mirada siniestra de la muerte.

—¡Estúpido!

Carrie apretó el gatillo. Sus ojos grandes y hermosos carecían de piedad en aquellos momentos. El comerciante, sorprendido, trató de alzar sus manos mientras abría mucho la boca. Sus ojos miraban atónitos a Carrie que ni se había movido. Con una media sonrisa en sus labios, esperaba simplemente a que él cayera.

Un rosetón rojo se fue agrandando en el pecho del vendedor de sexo y cuando las rodillas se le doblaron, el cuerpo cayó contra uno de los mostradores y quedó con los ojos abiertos para mirar a la eternidad.

Carrie guardó la pistola. Se fue a una de las estanterías que guardaban cintas de vídeo puestas de canto y trató de abrirla, pero estaba cerrada con llave. No dudó en volver a sacar la pistola y rompió con ella el cristal que se hizo pedazos, cayendo al suelo.

Se alzó de puntillas y con sus manos enguantadas tanteó en varias de las cajas de videocassettes escogiendo una en la que podía leerse: “Placer para tontos”.

La abrió y sonrió al descubrir, bien apretadas en su interior, un buen número de bolsitas conteniendo un polvillo blanco.

Se guardó la caja en el bolsillo del abrigo y se fijó de nuevo en aquella especie de braguero protésico para convertir a una mujer en un machoide. Tomó una bolsa de plástico que halló tras el mostrador y lo escondió dentro de ella, también metió un consolador. Cuando iba a abandonar la tienda, se encontró de cara con un espejo. En él vio de pronto la cara de un gato negro con ojos amarillo fosforescentes y pupilas verticales, un gato que le mostró unos agudos colmillos y una lengua roja, como manchada en sangre. Aquel gato tenía una cabeza tan grande como la suya, era monstruoso y la hizo brincar hacia atrás, aterrada.

—No escaparás… Miauuuu… No escaparás…

Carrie volvió a utilizar la pistola haciendo dos disparos contra el espejo que convirtió en añicos, borrando así la imagen de aquel horrible gato que la perseguía.

Corrió hacia la puerta y salió precipitadamente de la “sex-shop”. Ya en la calle, el aire frío la hizo darse cuenta de que corría el riesgo de que alguien se fijara en ella.

Anduvo rápidamente en busca del coche que había utilizado. Subió a él, movió los hilos que hacían el puente y arrancó dispuesta a alejarse de aquel lugar cuanto más lejos mejor.

Pisó fuerte el acelerador. La muerte del "camello" que tenía la tapadera de la "sex-shop" no la había afectado, pero la visión del gato negro en el espejo la había aterrorizado. Por ello, cuando en medio de la calzada surgió la ¡figura de un gato, maniobró para sortearlo. El animal dio un salto y pasó por encima del capó y el cristal parabrisas.

Carrie ahogó un grito y el coche se le fue de control, chocando contra otros coches. Se abrió la portezuela y se apresuró a salir llevándose sus cosas. Se alejaba por una callejuela cuando pudo oír una explosión: El coche que había estado conduciendo acababa de incendiarse y todo él era una gran hoguera.

—Maldita bestia, no me matarás —masculló, dándose cuenta de que la colisión se debía a la aparición del gato en la calzada y que de haberse quedado atrapada dentro del vehículo, en aquellos momentos estaría ardiendo, carbonizándose. Unas calles más lejos, ya serenada, tomó un taxi y se hizo llevar a su apartamento.

Ya a solas en el piso, comprobó que los vestidos y las cosas de Melissa habían desaparecido.

Con un gesto despectivo, se quitó el abrigo. Estuvo observando la pistola asesina y después la guardó en el cajón de su mesita de noche. Se quitó los guantes, se desnudó arrojando la ropa por el suelo y terminó dentro de la bañera, duchándose.

Salió envuelta en una gran toalla y sin la peluca. Pasó al saloncito y conectó un aparato de alta fidelidad. Se preparó un vaso con *whisky* y bebió de él, ya no tosía. Se sentó frente a la mesita de centro donde tenía la caja del videocassette, la abrió y sacó una de las bolsitas de polvo blanco.

Con una hoja de papel preparó un canutillo y aspiró el polvo por los orificios de la nariz, uno tras otro.

Regresó a la alcoba y se tendió en la cama boca arriba. La cocaína comenzaba a surtir efecto y se sintió más grande, más poderosa.

El timbrazo del teléfono la sobresaltó. Dejó que sonara varias veces y al fin se levantó para descolgarlo.

—¿Diga?

—Carrie, soy Melissa —se identificó su amiga con voz grave.

—Melissa, lamento mucho lo ocurrido, no pude controlarme. Te prometo que no volverá a suceder.

—Olvidaré el daño que me hiciste, pero es mejor que esté lejos de ti por un tiempo. Te aconsejo que visites a la psicóloga, no pareces la misma. No quisiera decírtelo, pero no estás nada bien. Puedes destruir a alguien como has estado a punto de hacer conmigo o puedes destruirte a ti misma.

—Tampoco hay que pasarse, Melissa. Bueno, admito que había tomado algo de droga, pero te prometo no volver a probarla.

—¿Drogas? No sabía que las tomaras.

—Me han viciado en el hospital —dijo Carrie tratando de ser convincente.

—No quiero seguir hablando. Cúrate, ya nos veremos.

Melissa colgó. Carrie se quedó mirando su teléfono y como si tuviera a su amiga delante, silabeó:

—Estúpida.

Regresaba de nuevo a la habitación cuando volvió a sonar el teléfono. Sonrió, Melissa cedería con ella. Descolgó y casi sonriente, con voz envolvente, dijo:

—¿Sí, Melissa?

—No escaparás… Miauuuu…

Se crispó ante aquel maullido ronco y amenazador. Colgó y se alejó hacia su habitación cerrando la puerta para no oír el timbre si volvía a sonar.

CAPÍTULO VII

En la discoteca, la música sonaba a más de ciento veinte decibelios y las luces sicodélicas impactaban en las retinas hasta aturdir las mentes. El humo del tabaco y de la “hierba” flotaba en el aire espeso, casi asfixiante, y el alcohol pasaba de las bandejas de las camareras a las mesas y de estas, a los estómagos de los clientes.

Melissa estaba sentada en una butaca acompañada de unos amigos. Ocultaba sus cicatrices bajo los cabellos, pero había decidido no esconderse. No quería empezar una nueva vida sino conservar la que ya tenía, por ello confiaba en la cirugía plástica. No obstante, evitaba que la luz pura y clara le diera de lleno. En un lugar como la discoteca o saliendo de noche, se sentía protegida.

—¿Bailamos? —le propuso Emil sentado en la butaca contigua.

—No, todavía no. —Tomó el vaso para beber el ron con piña que le habían servido.

Se acercó al grupo un hombre joven y alto, de cabello rizado y ancho bigote. Pese a una aparente delgadez, transmitía vigor. Buscó un hueco en uno de los cortos sofás y se sentó.

—¿Has abandonado la cabina? —preguntó Linda, una magnífica mujer morena que gustaba de dar el aire de arrebatadora con los hombres.

—Sí, he dejado allí a mí sucesor.

—¿Tu sucesor? —preguntó Emil.

—Sí, voy a dejar esto antes de que me vuelva sordo.

La morena se acercó más a Daniel, el “disc-jockey”, como dispuesta a seducirlo, lo que no sorprendió a los demás del grupo, ya que ella había mostrado interés por Daniel en otras ocasiones.

—Sí, me he hecho mayor. Bueno, he tenido la suerte de que me den un trabajo que me parece bueno.

—¿Vas a trabajar? —quiso saber Emil.

—Sí, ya sabéis que soy arquitecto, pero sin pretensiones ni ganas

de hacer nichos para vivir en barrios proletarios. No quiero ayudar a la especulación para que los desgraciados vivan como insectos sin calidad de vida.

—¿Y qué es lo que vas a hacer? —preguntó George, un joven menudo de ojos inquisitivos al que era difícil recordar sin un cigarrillo entre los labios, un cigarrillo que siempre parecía recién encendido.

—Ponen en mis manos una iglesia antigua, algo cascada y, por supuesto, desconsagrada.

—¿Una iglesia, y para qué la quieres? —inquirió Linda.

—Pues, no será mía, sino que los que pagan quieren que la convierta en un "topmusic", una especie de discoteca muy especial.

—¿Y eso no será un sacrilegio? —preguntó Melissa con el vaso delante de su rostro, como protegiéndose con él.

—No, ya os he dicho que está desconsagrada. Yo voy a hacer una obra de reforma y transformación. Lo que después suceda allí no será asunto mío. Me han dado carta blanca, manos libres y la imaginación hasta donde yo pueda llegar para que haga lo que quiera con tal de que luego sea utilizable. Como es lógico, yo llevaré a cabo mi obra, cuando la termine la entregaré al mundo y el mundo será el culpable de lo que suceda en ella, no yo.

—¿Y te pagarán bien? —inquirió Emil.

—No me puedo quejar. No sé cuándo voy a empezar con ese trabajo y mucho menos cuando lo voy a terminar, pero el día de la inauguración estáis invitados y deseadme suerte, porque si me sale bien, luego me caerán otros contratos.

—Seguro que te saldrá bien —dijo la morena acercando sus labios a los de él, tratando de besarle.

—Emil, ¿me llevas? —preguntó Melissa a su compañero.

—¿Ha de ser ahora? —Esbozó un gesto de desagrado.

—Está bien, me iré sola, tomaré un taxi.

—No seas tonta, mujer, te llevo.

Emil se levantó e hizo un gesto con la mano despidiéndose de los demás. La charla apenas había sido audible debido al volumen de la música.

Salir a la calle era como un descanso para los oídos. La noche estaba estrellada y la luna grande y clara.

—Allí tengo el coche —señaló Emil.

El vehículo era un deportivo de color negro: con el que se alejaron de la discoteca con gran rapidez.

—¿Te sientes mal en el grupo?

—No se trata de eso, Emil —dijo ella evasiva mientras se fijaba en las luces de los faros que llevaban los vehículos que circulaban en dirección contraria. Había aprendido a tenerles miedo y era difícil superar esa sensación.

—Debes estar más segura de ti misma. Si es por las cicatrices, nadie se mete con ellas, te vemos como si no las tuvieras, no tiene importancia.

—Las cicatrices desaparecerán.

—Claro que desaparecerán. Te veo poco animada. ¿Por qué no te vienes a vivir conmigo?

—Deja que me quiten las cicatrices.

—Yo te quiero lo mismo.

—Dejemos de hablar de este asunto y conduce bien, no quiero ir por segunda vez a un hospital por accidente.

—Está bien, aguantaré hasta que decidas hablar por ti misma. Antes me hacía el tonto, pero después del accidente he decidido ir a por ti y tú me has frenado. Debería tirar la toalla e irme a otra parte.

—No te lo tomes así, solo te pido un poco de paciencia. Aunque quisiera responderte, ni yo misma sabría qué decirte.

Emil pisó el freno, deteniendo el vehículo. Se volvió hacia Melissa sonriente.

—Me doy cuenta de que tienes una empanada mental y has de hallar una solución. Yo te ayudaré, porque cuanto antes te laves el “coco”, mejor para ti y también para mí. Esta situación es francamente incómoda.

Emil, siguiendo las indicaciones de Melissa, condujo el coche hasta el suburbio.

La joven no le dijo qué había al otro lado de aquel muro. Desde donde acababan de estacionarse no podían ver los perfiles de los seculares cipreses que, pese a la oscuridad nocturna, la gran luna hacia destacar sobre el salpicado de estrellas.

—Voy a esa herboristería, espera un poco.

—De acuerdo. No me traigas hierbajos, no me gustan, claro que si les queda algún afrodisiaco…

—Cerdito —le dijo Melissa, cerrando después la portezuela para cruzar la calzada y dirigirse a la herboristería de la señora Grass.

Cuando penetró en el pequeño comercio que tanto olía a hierbas aromáticas, observó que el mostrador estaba vacío.

La zíngara de elevada estatura apareció por la cortina. La miró muy fijamente y forzó una sonrisa en su enigmático rostro.

—Estaba segura de que volverías.

—No está el gato negro —comentó Melissa.

—Los gatos no son de nadie, van y vienen según a ellos les conviene y no a nosotros.

“Lucifer” hace días que no viene por aquí, pero ya volverá.

—Sí, claro, ya volverá —aceptó Melissa, intimidada.

—Quieres pasar adentro, ¿verdad?

—Quería hablarle sobre, sobre…

—Ya, sobre lo que te dije la última vez.

Si la tienda de la señora Grass llamaba la atención, más espectacular era su trastienda. Allí no había orden alguno, los estantes no estaban limpios y la madera con que estaban construidos era basta, sin cepillar. Era como un almacén de hierbas donde no había nombres para impresionar a nadie, y nos lo había porque la señora Grass no necesitaba rótulos para distinguir las hierbas, minerales o restos orgánicos de animales. Los hubiera distinguido a oscuras, aunque se hubiera quedado ciega.

Su olfato estaba especializado en aquellos elementos que lo llenaban todo, paredes, mesas, hasta suelos, pues en ellos había vestiglos, pero también estaba el sentido del tacto, un tacto especial que pocos mortales poseían. Era un sentido agudizado. El tacto de aquella mujer singular podía distinguir entre las cenizas de un felino quemado con madera de roble y las de huesos humanos Incinerados con sándalo.

—Sabía que vendrías —le dijo, invitándola a avanzar hasta el fondo de la trastienda donde la estancia parecía transformarse en una cueva donde había un gran murciélago clavado a una tabla de madera, secado allí para la eternidad.

Sus ojillos de cristal brillaban a la luz del quinqué de aceite animal que iluminaba la trastienda, porque la señora Grass hacía ciertas concesiones a la parte de su establecimiento donde recibía a los compradores, pero no dejaba pasar la luz eléctrica a lo que

consideraba su reducto, su lugar de trabajo.

Allí había una mesa y dos sillas, una frente a la otra. En lo alto, un gran mochuelo de la especie duque permanecía quieto, agarrado a un tronco que surgía de la pared formando ángulo, de modo que el ave quedaba mirando al frente y resultaba difícil distinguir si era un animal vivo o disecado. Melissa rehuyó mirarlo, temía a aquellos grandes ojos que escrutaban con tanta fijeza.

Como si la estuviera esperando, la señora Grass puso sobre la mesa una especie de cazuela o recipiente de cuatro o cinco dedos de altura y casi dos palmos de diámetro y cobre brillante.

Se acercó a la chimenea y descolgó una olla, tan oscura por el hollín que no se sabía de qué materia estaba hecha.

La llevó hasta la mesa con habilidad. Vertió una cantidad suficiente hasta llenar el gran plato de cobre y regresó la olla a la lumbre.

El líquido era oleoso y muy negro, tan negro que producía reflejos al reverberar la luz del quinqué.

Cuando se hubo sentado frente a la joven, le preguntó:

—¿Has venido a conocer aquello que no se debe y que el destino te depara?

—La otra vez me dijo que sufriría un accidente.

—Y desgraciadamente se cumplió, lo veo en tus cicatrices —le dijo, apuntándole con su gran dedo índice.

—Sí, tuvimos un accidente la misma noche que estuvimos aquí.

—Pero ni tú ni tu compañera quedasteis en manos de la Gran Madama.

—Estuvimos a punto y sí murió el hombre del coche que se nos echó encima.

—¿Y qué más?

—Usted dijo que habría un gran cambio, un cambio tenebroso, pero no sabía que se referiría a mí amiga Carrie.

—Había brumas en la visión, no podía ver con claridad. ¿Cuál es el cambio?

—Vivía en el mismo apartamento con ella y he tenido que abandonarlo.

—¿Locura?

—Sí, eso me temo —respondió Melissa, sobrecogida por cuanto la rodeaba y los ojos inquisitivos de la adivinadora.

—¿Qué clase de locura?

—Me sorprendió comportándose como un hombre enloquecido.

—¿Es lesbiana?

—Jamás lo había notado.

—Eso puede yacer oculto en muchos seres hasta que un día despierta de súbito. Un accidente de tráfico con lesiones en la cabeza, por ejemplo, puede despertar sentimientos soterrados sometidos por una educación represiva o la influencia social.

—Quizás, no lo sé, pero ella jamás había sido así y de pronto se comportó conmigo de una forma horrible, sádica y violenta. Estaba como loca y yo me aterroricé.

—Quizás estaba como loca porque no se toleraba a sí misma, no se aceptaba.

—He venido para pedirle ayuda para Carrie.

—¿No puede ayudarla nadie más?

—No, no tiene a nadie. Desde que me he separado de ella, vive sola en su apartamento. —Si dices que es lesbiana, no habrá ningún hombre en su vida.

—Carrie no era así antes. Usted dijo que se produciría un cambio tenebroso y yo me siento culpable. Si no la hubiera traído hasta aquí, ahora no sería como es y no sé hasta dónde puede llegar. Yo la vi convertirse en una fiera.

—Tu viniste a preguntarme por un joven.

—Sí, se llama Emil. Está afuera esperando.

—Sólo mirándote a los ojos puedo decir que no te casarás con él.

—¿No?

—No. Y veo sangre dentro de tus ojos.

Melissa casi se levantó de la silla de un brinco, dispuesta a marcharse, pero la mano de la señora Grass la sujetó por la muñeca.

—Vuelve a sentarte.

—Quiero irme, he hecho mal en volver. Quería pedirle ayuda para Carrie y usted solo me habla de sangre y de cosas malas.

—Yo no estoy aquí para contarte las cosas buenas que te gustaría oír, sino para decirte algo de lo que puede suceder. Yo no tengo tu futuro en mi mano, en mis ojos, en mi boca o en mi mente. Tu futuro está en ti y quienes te rodean, de una forma u otra, aparecen en tu futuro para bien o para mal. Yo no te manejo como si fueras una muñeca de títere; tú me estás gritando lo que te

sucederá en el futuro.

—¿Yo? —exclamó casi atónita.

—Sí, pero tú misma no te oyes. Mi trabajo es descifrarte, Interpretarte y luego decírtelo, pero cuando nuestro espíritu grita, lo que grita no siempre está claro. En muchas ocasiones, esos gritos son como los sueños: Enrevesados, traidores. Hay que encontrar las claves para descifrarlos, porque nuestro espíritu grita porque tiene miedo, pero si lo que grita le avergüenza o le humilla, entonces enmascara lo que cuenta. Un asesino, después de matar a una niña, puede sufrir y gritar contra su propia bestialidad, pero no dirá que el asesino es él, sino que enmascara su culpabilidad e incluso puede asegurar que quería mucho a la niña y que no soporta lo ocurrido.

—Creo que la entiendo, pero yo no tengo nada que ocultar.

—Dices que tu amiga Carrie ha sufrido un cambio tenebroso, ¿verdad?

—Sí.

—¿Sabes que los espíritus de las personas se comunican entre sí aunque la mente racional no se dé cuenta de ello?

—No lo sabía —admitió Melissa.

—¿Por qué dos personas congenian o se rechazan hasta odiarse sin haber mediado antes palabra alguna entre ellos? —Sonrió—. La mente racional no lo sabe, pero los espíritus de ambos ya se conocen. Hay seres que tienen el privilegio de que su mente racional pueda comunicarse con su espíritu. En consecuencia, estos seres ven más allá que los demás, porque el espíritu es libre, no está sometido al tiempo, va y viene desde que nace hasta la mismísima muerte del cuerpo al que pertenece. Tu espíritu está ahora en ti, pero puede viajar hacia tu pasado o trasladarse al día en que morirás y él puede contarte todo lo que va a suceder.

—¿De veras puedo saber todo lo que sucederá en mi vida?

—Sí, sería posible si tu espíritu te lo explicara y tu mente racional pudiera oírlo.

—Pero, eso es tanto como decir que mi espíritu es otro ser distinto a mí.

—No, sois una misma cosa. Cuando llega la muerte, es el cuerpo el que muere, el espíritu se va a otros espacios. Afuera te espera un hombre. El que no te cases con él, el que vea sangre en el fondo de tus ojos, no significa que a su lado, entre sus brazos, consigas horas

de felicidad.

—¿Cómo es que sabe tanto?

—Porque oigo un poquito más que los otros seres que me rodean; pero no vayas a Creer que puedo interrogar a los espíritus como yo desearía. No, ellos son muy esquivos y juegan malas pasadas. Ahora, Melissa, vas a darme tu mano izquierda.

La joven alargó su zurda. La señora Grass la tomó con su gran mano, impropia de una mujer, la sujetó por la muñeca y le pidió:

—Separa los dedos.

Melissa obedeció y la señora Grass le hundió los dedos en el líquido de aquel recipiente de cobre.

La muchacha sintió un calor fuerte, como si fuera a quemarse. Intentó retirar los dedos, pero la sujeción de la mano de la adivinadora se lo impidió. Esta le hizo agitar el líquido en círculo y después retiró la mano hasta el borde del recipiente sin dejar que los dedos salieran de él.

Un vapor amarillento, sulfuroso, nauseabundo, se levantó del líquido caliente.

Los ojos de la señora Grass permanecían atentos a aquel líquido que se iba aquietando y al fin se fue perfilando una cabeza. Era la inconfundible cabeza de un gato negro que parecía maullar quejoso, pero sus maullidos no se oían, quedaban como disueltos en aquel líquido denso.

—Mírale, es “Lucifer” —Indicó la zíngara.

Melissa trató de apartar su mano, pero la señora Grass se lo impidió.

La imagen del felino fue desapareciendo y la señora Grass volvió a remover el líquido con los dedos de Melissa como si por ellos pudiera brotar la energía, el espíritu de la joven que tenía las cicatrices en el rostro.

Cuando la agitación cesó, fue perfilándose el rostro de una mujer joven y hermosa, cabellos castaño claro muy cortos, ojos muy grandes de color verde claro y una boca sensual que parecía sonreír.

—Es tu amiga, ¿verdad? —preguntó la señora I Grass.

—Sí. Me da miedo…

—No temas, aquí solo está el reflejo de su espíritu.

—Pero, mis dedos…

—Tus dedos son los que han atraído ese espíritu, porque tu

espíritu no está lejos del de ella.

—¿Y qué quiere?

—Liberarse. Está aterrada, Carrie está inmersa en la sangre y no puede escapar, está cautiva.

—¿Cautiva de qué?

—No lo sé, ya te he dicho que los espíritus no siempre se manifiestan con claridad.

Como que el líquido perdía su rojez para oscurecer de nuevo y se borraba la imagen de Carrie hasta desaparecer, la señora Grass volvió a agitar el líquido hasta que aparecieron como dos siluetas masculinas peleando ferozmente. No pudieron verse sus rostros, fueron unas imágenes que duraron muy poco para luego perfilarse un rostro.

—¡Es Daniel! —exclamó Melissa.

—¿Le conoces?

—Sí, es arquitecto y disc-jockey.

—¿Amigo tuyo o de Carrie?

—De todas.

—Entonces, si quieres ayudar a tu amiga, haz que este hombre se le acerque, solo él va a luchar por ella, solo él, lo que no puedo decirte es si conseguirá vencer.

—¿A quién?

—No lo sé, luchaba con alguien que solo era una sombra en la oscuridad.

Cuando Melissa abandonó la herboristería, no salía menos aturdida que la vez anterior.

—¡Al fin! —exclamó Emil al verla.

—¿Me he retrasado mucho?

—Casi dos horas.

—No es posible.

—Puedes creértelo, he mirado el reloj. Vaya nochecita me has hecho pasar. Creí que tendría que entrar ahí a rescatarte de las garras de esa bruja. Bien, ¿adónde te llevo?

—A tu apartamento.

—¿A mi apartamento?

—Sí, Emil. No sé cómo explicártelo, pero necesito que hagamos el amor.

—Vaya, esto sí que es inesperado. ¿Te han dado un afrodisíaco?

—Si bromeas, me voy.

Emil puso el coche en marcha.

—Mejor no hago preguntas, pareces asustada. Punto primero y único, hacer el amor hasta el agotamiento. Peticiones como esta no se las hacen a uno todos los días.

El vehículo arrancó casi dando un salto sobre el asfalto y dejando atrás el muro del cementerio y la siniestra herboristería.

CAPÍTULO VIII

Carrie tenía la pistola sobre la mesa, la caja del videocassette abierta y su contenido desparramado y separado. Había estado contando las dosis de droga que allí había.

Sabía muy bien que aquellas dosis se podían “cortar” añadiéndole productos inocuos. Los toxicómanos no lo notarían y podría sacar bastante dinero, solo tenía que acudir a los lugares adecuados cuando fuera oportuno. Había que dejar pasar algún tiempo. La policía estaría investigando el asesinato del propietario de la “sex-shop” y los traficantes de la droga también investigarían posiblemente.

Sonó el teléfono, sobresaltándola. Miró el aparato con recelo. El timbrazo Insistió hasta que Carrie optó por descolgar.

—¿Diga?

—¿Sí? —respondió sin reconocer la voz que le venía por el hilo telefónico.

—Soy Beatriz, la psicóloga del hospital.

—Ah, sí. —Carrie se tranquilizó y todo su cuerpo se relajó. Su espalda se reclinó contra el respaldo de la butaca.

—¿Cómo va eso? —preguntó Beatriz.

—Bien, bien —mintió Carrie.

—¿Es bonita la peluca?

—Tengo varias, pero no me siento a gusto con ninguna.

—El pelo crece y más aprisa de lo que supones. Oye, tengo un bungalow junto a un lago, es ira herencia de familia, poca cosa, pero es un lugar tranquilo, a veces voy acompañada o incluso sola. Se pesca y nos bañamos en el lago.

—¿En este tiempo? —Carrie mostró sorpresa.

—Bueno, hace frío pero es grato pasear. Este fin de semana estoy sola. ¿Quieres venirte? Es un lugar muy agradable, relaja mucho, tengo hasta una sauna. Puedes ver ardillas y escuchar

música.

—¿Por qué ese interés? —inquirió Carrie, recelosa.

—Bueno, no es que sea miedosa, pero sola del todo no me gusta estar.

Carrie estuvo a punto de hacer una pregunta concreta pero se la tragó. Se hizo un silencio largo, un silencio que Beatriz, al otro lado del teléfono, no quiso romper.

—Está bien, de acuerdo, una salida no puede hacerme daño.

—Claro que no. Te pasaré a buscar.

Aquella noche, Carrie seleccionó una de las pelucas que se había comprado. Era una media melena lacia y en tonalidad oscura. Maquilló sus ojos y blanqueó su rostro. Se vistió de oscuro con pantalones, zapatos de medio tacón y una gabardina con forro de piel. Se guardó la pistola en la propia gabardina y salió a la calle.

La ciudad, al oscurecer, se desertizaba.

Carrie podía oír el sonido de sus propios pasos. Dobló la esquina. Sus ojos buscaban un automóvil que pudiera Interesarle, un coche que fuera bueno y de pintura oscura que no llamara la atención para mejor circular en la noche.

—Quieta o te degüello —le dijo de pronto un tipo salido de la oscuridad y que le puso una navaja en el cuello.

Pese a que no estaban debajo de ninguna farola, Carrie pudo ver el rostro del asaltante que la había sujetado y la empujaba contra un portal.

—¿Qué vas a hacer?

—Me vas a dar todo lo que llevas. Luego, si te estás quieta, te va a gustar, pero si te pones tonta te doy un pinchazo que te acuerdas toda la vida —le dijo el delincuente, riendo.

—¿Vas a violarme?

—¿Y a ti qué te parece?

—Tengo la regla…

—¡Estúpida! —masculló irritado. Apartando la navaja del cuello de Carrie, le dio un revés sin soltar el arma.

Carrie aguantó el golpe en la cara, pero su mano derecha, una mano enguantada en piel negra, apareció armada con la pistola que puso delante de la boca del salteador nocturno.

—Eh, ¿qué es esto?

—Puedes clavarme la navaja, pero yo te mato porque solo tengo

que apretar el gatillo, hijo de la gran perra —silabeó Carrie con frialdad.

El delincuente reaccionó; se sentía como más fuerte por ser ella una mujer.

—Tú no sabes usar ese juguete —le dijo.

Carrie seguía apuntándole a la boca.

—¿Has oído hablar del asesinato del tipo de la “sex-shop”? —le preguntó.

—Sí, ¿por qué?

—Lo maté con esta.

—¿Tú? No me lo creo.

—Anda, dame la navaja o te mato. Cada vez que alguien habla de violarme, me coge una rabia que me corroe por dentro.

—Oye, tú estás loca…

—Dame la navaja o te mato, no te lo voy a repetir.

—¿Sabes qué? Me largo y tú vete a la loquería, estás como una cabra.

La mano izquierda de Carrie apresó la mano armada del joven salteador nocturno. Este, temeroso ante la helada mirada de la mujer, soltó la navaja que fue a parar a la mano femenina. Cuando le dio la espalda para alejarse pensando que lo mejor era marcharse y comprar otra navaja, sintió la punzada asesina en su espalda.

El delincuente se volvió, sorprendido por la traidora puñalada y tuvo tiempo de ver cómo el acero, ahora manchado de sangre, de nuevo se dirigía hacia él. Desgraciadamente, él mismo la había estado afilando y la navaja se hundió hasta la empuñadura en su cuello entrando por el lado izquierdo y asomando la punta por el derecho.

Carrie soltó la empuñadura de la navaja y se apartó de quien primero había sido su atacante y ahora su víctima.

El joven delincuente quiso gritar, más el acero atravesado en su cuello se lo impidió. Mientras la sangre escapaba de su cuerpo por la herida de la espalda, dio hasta tres pasos antes de caer.

—¡Cerdo! —le escupió Carrie antes de alejarse rápidamente de él dejándole caído en la humedad de la calle, en la soledad de la noche a la que había salido el joven en busca de presas indefensas para encontrarse con la fiera que, tras sorprenderle, había acabado con él.

Carrie no parecía alterada en absoluto por haber dejado un cadáver en la calle. Su objetivo era encontrar un coche apropiado.

Utilizó una ganzúa que se había hecho ella misma con un cuchillo de hoja delgada y abrió la portezuela. Se Introdujo en el vehículo y poco después, conectando los hilos que previamente sacara, lo puso en marcha.

Cualquiera que la viese actuar habría pensado que era una experta en el robo de vehículos.

Una mujer, al volante de un coche medio, no llamaba la atención a la policía, no era sospechosa y de esta forma seguía su camino sin ser molestada. Estacionó el vehículo cerca del club "Shoper" y con paso rápido y decidido entró en el local.

Las luces eran preferentemente de color rojo pero no intermitentes ni impactantes a los ojos.

Había un murmullo de voces ambiental. En un pequeño escenario, una mujer llevaba a cabo un "strip-tease" poco glorioso, pues apenas si nadie le prestaba atención.

Un buen número de mujeres, vestidas provocativamente, estaban cerca de la larga barra. Otras se sentaban con clientes ante las mesas. Por lo menos a aquella hora, había más mujeres que hombres.

—¿Adónde vas, encanto? —le preguntó un tipo de estatura baja pero cuadrado, muy fuerte, de pelo rizado y ensortijado. Tenía ojos pequeños y una gran mandíbula.

—No creas que busco trabajo —dijo Carrie con una sonrisa de suficiencia—. Yo pago.

—Vaya, toda una princesa. ¿Te gustan las chicas?

—¿Y a ti qué te importa?

—Sí me importa, soy el que vigilo.

—Pues, sigue vigilando —le dijo Carrie no queriendo discutir más. Se acercó a la barra y pidió—: Un *whisky* doble con hielo picado.

Pronto tuvo el vaso en la mano y fue observada con curiosidad por las otras mujeres que allí estaban y también por el vigilante, pues todos esperaban ver si trataba de captar la atención de algún hombre para poder considerarla una intrusa.

—Te convido a una copa —le dijo un cincuentón de pelo canoso y con el aire de haber bebido demasiado.

—No, gracias. Yo bebo a mí manera, no soy de la casa.

—Oye, ¿qué te has creído? Yo pago y me llevo a la que quiero.

—Si es una furcia, sí, pero yo no lo soy, tontín.

Le palmeó la mejilla. El hombre, pese a estar borracho, vio algo en los ojos de Carrie que le hizo retroceder, tambaleante. Farfulló:

—Me voy a otra parte, estoy demasiado borracho. Carrie avanzó entre las mujeres que allí esperaban clientes para ofrecerles sus servicios después de solicitar invitaciones de bebidas. Se detuvo frente a la última de las chicas que estaban en la barra, ya casi junto a la pared.

—Hola, Rosy.

La interpelada era una mujer frágil pese a tener unas grandes mamas. Su cabello era muy rizado y de color rubio grisáceo. Sus ojos tenían una tonalidad violeta.

—¿Nos conocemos? —preguntó Rosy.

—Te conozco más de lo que tú crees.

—Anda, lárgate. Lo mío son los tíos y no las tías.

Carrie alzó su mano libre, siempre enguantada. Cogió la barbilla de Rosy y la obligó a mirarla a los ojos.

—Vas a venir ahora conmigo. No te reprocho que te hayas acostado con muchos tíos en los últimos tiempos, pero te voy a sacar de aquí.

—¿Quién eres, una hermanita de la caridad?

—Rosy, tengo algunas cosas que a ti te gustan —le dijo. Se llevó la mano a un bolsillo y la sacó mostrando un sobrecito de papel de celofán que dejaba ver lo que contenía—. Vente conmigo y no te arrepentirás.

Acercó su rostro al de Rosy y la besó en los labios. Rosy sufrió un estremecimiento en todo su cuerpo y ni siquiera se percató de que sus compañeras de trabajo la observaban.

Rosy se encontró en la mano con el sobrecito que contenía la droga y se apresuró a guardarlo detrás del ancho cinturón donde tenía un pequeño bolsillo escondido.

—Vamos —volvió a decir Carrie llevándosela, pero el pequeño y cuadrado vigilante les cortó el paso.

—¿Adónde vais?

—A dar una vuelta —respondió Carrie.

—Oye, te crees muy lista. ¿Sabes que aquí no es ella la que

cobra sino yo?

—Ya te la devolveré.

—¿Por qué no te vas a un club de lesbianas? Aquí nos vas a espantar a los clientes.

—No seas enano —silabeó Carrie ya en tono sarcástico, burlón y hasta amenazante.

—Pero, ¿qué te has creído? A las zorras las trato yo como merecen. Tú, Rosy, a tu lugar, y tú vas a venir conmigo.

Cogió a Carrie por el brazo de forma férrea, pero algo duro le apretó el costado.

—Yo no soy de las que gritan, enano. Te estoy encañonando con un "38" y si te portas mal, serás un cochino cadáver. Ahora, camina hacia la salida, no me gusta dar la nota. Tú, Rosy, vente.

El vigilante de las prostitutas del club se vio desagradablemente sorprendido y trató de escapar al cañón que se notaba a través de la tela de la gabardina en cuyo bolsillo empuñaba Carrie el arma.

—¿Piensas que voy a creerme que tienes una pistola? —preguntó, tratando de mostrar mucha seguridad.

El movimiento de Carrie fue rápido. Sacó la mano armada del bolsillo sin darle tiempo a que pudiera darle un golpe en la muñeca y quitársela. Entonces, apuntó muy de cerca al ojo izquierdo del hombre.

—Si tengo que decirte algo más, te meto la bala en la sesera a través de ese ojito que tienes. Vamos, camina.

El vigilante ya no dudó. Sabía bien lo que era una pistola automática del "38", no la iba a confundir con una de fogueo. Aquella mujer no era normal.

—Yo me quedo —balbuceó Rosy.

—Tú te vienes o lo mato a él —advirtió Carrie, siempre apuntándole al ojo.

Las demás prostitutas observaban en silencio sin intervenir. Todas odiaban a aquel individuo bajito con el que se habían tenido que acostar tantas veces como él había querido y muchas de ellas habían recibido palizas de su mano.

—¿Qué es lo que pretendes, llevarte a una chica? —gruñó el vigilante.

—Vamos, enano, camina y tú Rosy, también.

Cuando ya estuvieron en la salida, Carrie, ahora situada tras el

hombre, golpeó a este con la culata del arma en la coronilla, derribándolo.

—Vamos, Rosy, afuera.

Tuvo que empujarla. Rosy salió a la calle y notó el frío, ya que gran parte de su piel estaba al descubierto y el resto, solo protegida con un fino vestido.

—¿Adónde me llevas? No quiero irme —protestó.

—¿Pretendes quedarte en ese burdel de mierda? ¿Quieres que te exploten como puta hasta que no sirvas para nada? Estúpida, tendría que abofetearte. Vamos, sube al coche, aprisa.

Por la puerta del club apareció el vigilante y dos hombres más. Iban armados y efectuaron dos disparos hacia ellas.

—¡Maldita sea!

Carrie puso el coche en marcha. Encendió los faros y cegó con ellos a los matones del club que siguieron disparando destrozándole un faro.

Carrie notó como las balas perforaban la carrocería, pero no hizo caso. Pisó el acelerador a fondo y consiguió dar de lleno al vigilante corto de talla que saltó por el aire golpeándose contra otro coche estacionado y cayendo al fin sobre el asfalto húmedo.

—¡Esos puercos! —rugió Carrie acelerando para huir del lugar. Tres proyectiles más se metieron en la carrocería del coche antes de doblar una calle.

—¡Habrá que cambiar de coche, este llama demasiado la atención!

Hizo unos giros bruscos, estando a punto de colisionar con otros vehículos. Las ruedas chirriaron y rozó otro coche, pero logró dominar el vehículo y proseguir la fuga hasta que se detuvo en una encrucijada donde había otros automóviles. La ciudad no tenía suficientes aparcamientos para esconder todo aquel cúmulo de chatarra llamada “coches”.

—Cogeré otro vehículo y…

Al volverse hacia Rosy, descubrió que esta tenía la cabeza reclinada contra el cristal. Sus ojos estaban abiertos y por las comisuras del labio izquierdo manaba sangre lentamente.

—¡Malditos puercos! —estalló Carrie—. ¡Yo te quiero, Rosy, te quiero!

Una de las balas, tras perforar la fina carrocería de metal, se

había hundido en el cuerpo de Rosy arrancándole la vida.

—Ya no me puedes oír, pero te amo, Rosy, te amo, aunque es mejor que estés muerta que en ese sucio burdel.

Le acarició los cabellos, le cerró los párpados y la volcó cuidadosamente sobre el asiento. Se apeó del coche, levantó la tapa del motor y arrancó el tubito de la gasolina dejando que escapara un poco de ella.

Raspó un fósforo y lo arrojó al interior del motor que prendió de inmediato. El fuego se propagó por el vehículo mientras Carrie se alejaba sin dejar de mirar el fuego que iba envolviendo el coche hasta que el depósito de combustible estalló, envolviéndolo en llamas y devorando el cuerpo de Rosy hasta carbonizarlo.

CAPÍTULO IX

Al abrir la puerta, el joven y masculino Daniel se encontró con una figura que no esperaba.

—Melissa…

—Daniel, tengo que hablar contigo.

—Muy bien —aceptó sonriendo amablemente—, pero tengo que salir ahora.

—Es urgente.

—Entonces, vente conmigo. Tengo que tomar unas medidas para el trabajo que me han encargado, ya te dije que había dejado de ser "disc-jockey".

—Está bien, te acompaño, será interesante.

—Pues, vamos. —Salió de la casa cerrando tras de sí y mientras se colocaba bien la cazadora de piel, preguntó—: ¿Y Emil?

—Bien, algo molesto.

—¿Qué pasa, es que le has dicho que te gusto?

—No bromees, Daniel, ya sabes que me gusta Emil. Contigo tengo que hablar de otra cosa. Tú eres el tipo más serio del grupo, aunque a veces no pensáramos así por lo que hacías y decías desde la cabina de "disc-jockey".

En su pequeño automóvil, Daniel la llevó a un pequeño pueblo que distaba pocos kilómetros de la metrópoli pero al que se accedía por una pésima carretera que se internaba por un espeso bosque. Aquella zona no había sufrido el flagelo de la especulación, ya que los bosques habían sido considerados un bien público.

El pueblo tenía dos iglesias. Una de ellas, ya con cuatro siglos encima pero bien conservada, se utilizaba para cobijo y reunión de los fieles.

Después estaba la otra iglesia que había quedado dentro de una finca rodeada por un viejo muro que se desmoronaba por algunos de sus puntos.

La iglesia, siglos atrás, había pasado a ser propiedad del amo de aquella finca que la utilizaba para sus oficios religiosos privados hasta que, al paso del tiempo y las generaciones, los amos de aquel lugar se habían ido marchando a la ciudad, muy lejana para los medios de comunicación con que contaban entonces, dos o tres horas en un buen carruaje tirado por cuatro briosos caballos. Ahora, un automóvil ascendía rápidamente por la serpenteante carretera. Si aquel lugar se ponía de moda, los posibles clientes de aquella singular discoteca-auditorio que se pretendía abrir, no repararían en la corta distancia, ya que en general todo el mundo disponía de vehículo propio y si era preciso, se podían acondicionar algunos autocares.

—Es un lugar bonito —opinó Melissa.

—Ahora no es el mejor momento. Al principio del otoño, cuando las hojas se doran o en primavera, cuando el verde es claro, sí resulta muy hermoso.

El coche penetró en el recinto de la finca pasando por debajo de un arco hecho con piedras cinceladas. La puerta de madera estaba rota. Detuvo el vehículo. Los árboles no dejaban ver bien la antigüedad y belleza de la iglesia.

—¿Qué te parece?

—No entiendo, pero parece muy antigua.

—Lo es. Hay que talar algunos de estos árboles para dar perspectiva a la edificación. Hay que restaurar las paredes maestras y techos, hacerla segura sin gastar demasiado, claro. Quienes me han encargado el proyecto son materialistas de nuestro tiempo. Quieren un trabajo rápido y de costes controlados, claro que yo voy a contar con materiales y maquinaria que hubieran sorprendido a quienes levantaron esta iglesia. La convertiremos en el recinto idóneo para músicas especiales y experimentales por sintetizadores, algo nuevo y distinto. Si consigo hacer de esta edificación algo original que atraiga público, será mi primer triunfo en la arquitectura. Anda, ven y verás… Por cierto, ¿y Carrie?

—Precisamente de ella quería hablarte. Me extrañaba que no me preguntaras por ella.

A la iglesia se le notaba el inexorable paso de los años, el abandono. Faltaban pedazos de techo y a través de los agujeros podía verse un cielo grisáceo. No había bancos. Quizás, mucho

tiempo atrás, habían sido transformados en leña para calentar a quienes se hubieran refugiado allí. El aspecto general era lamentable y así lo expresó Melissa.

—¿De veras podrás transformar esto?

—Seguro. Habrá algunos cambios, son necesarios para mejorar la acústica. Por supuesto, el techo quedará perfecto y restauraremos las cristaleras de colores. El suelo será todo de parquet de ciprés con quinientos años. Tiene que ser auditórium sin perder su característica religiosa. El público que venga aquí ha de sentir algo especial. Habré de idear una iluminación distinta.

—Hablas con tanto entusiasmo de lo que vas a hacer que estoy segura de que lo conseguirás.

—He de conseguirlo. Oye, ¿qué querías decirme sobre Carrie?

—Carrie tiene problemas.

—¿Fruto del accidente que tuvisteis?

—Creo que sí. ¿No fuiste a verla al hospital?

—No, tuvimos una discusión un tiempo antes. Carrie tiene un carácter especial. Yo no podía ofrecerle nada; en cambio, ella tiene trabajo. Cuando se recupere, volverá a la empresa inmobiliaria.

—Carrie podría colaborar contigo en muchas cosas.

—Sí, pero ella tenía su profesión en marcha y yo solo era un “disc-jockey”.

—Pero, ¿tú la quieres?

Se volvió hacia Melissa, cogiéndola por los hombros.

—No se lo he dicho nunca a nadie, ni a ella. Sí, la quiero, pero si ha de ser feliz sin que yo la toque, sin que yo esté a su lado, seguiré como hasta ahora sin acercarme a ella.

—Tan listo que eres, tan sensible, y no te diste cuenta de que a Carrie también le gustabas. Sois un par de orgullosos insufribles.

—¿Le gustaba, ya no?

—Ahora ya no sé qué opinar.

—Me hice el propósito de dejar vía libre a Carrie, por eso no salía de mí cabina de “discjockey”. Cuando termine este encargo de transformar esta iglesia desconsagrada en auditórium musical, me sentiré mejor y tendré algo que ofrecerle. Para mí, Carrie está muy arriba.

—Te equivocas. Ahora está tan abajo que temo por ella. —¿Qué le ocurre en realidad?

—No lo sé, pero se volverá loca si no te enfrentas a ella.

—¿Loca?

—Sí. Soy su amiga, pero yo no tengo fuerza, no tengo temperamento para dominarla. Sé que te necesita, que te necesita a gritos.

—¿Te lo ha dicho ella?

Ella, no.

—¿Quién, entonces?

—No te lo puedo decir, por ahora. Créeme, búscala y enfréntate a ella, dile que la amas.

—Se reirá de mí.

—Es posible, pero busca la ocasión y el lugar apropiado. Si te rechaza, dómala con tu poder de macho.

—¿Qué estás diciendo? —inquirió, al borde de la carcajada.

—Que si te rechaza tienes que violarla.

—¿Violarla? Me temo que la que se ha vuelto loca eres tú.

—Piensa de mí lo que quieras, pero ella necesita eso de ti, que la domines, que saques de su cuerpo un sentimiento endiablado que lleva dentro.

—Dices muchas cosas pero no te explicas bien.

—No puedo decirte más. Carrie no es la misma desde el accidente, algo le ocurrió y tiene que curarse. Hablé con la psicóloga del hospital donde estuvimos las dos, le conté algunas cosas. Ella dice que tratará de ayudarla, pero me temo que solo tú puedes conseguirlo.

—¿Y crees que la curación de Carrie está en que la viole?

—Sí.

—No te das cuenta de que si su mente está alterada una violación puede desencadenar una locura total…

—No en su caso y has de prometerme que harás algo.

—Explícate mejor, Melissa, comprende que lo que me pides es muy gordo.

—Sólo puedo decirte que lleva el diablo dentro, que no es la misma. Le hace falta una especie de exorcismo y solo tú puedes aplicárselo.

—¿Por qué yo?

—Porque tú la amas y sé que ella también te ama. El accidente no pudo cambiar todos sus sentimientos de forma tan radical. Debe

ocurrir algo más que yo tampoco entiendo, pero la solución solo está en tu mano.

—Pero, ¿quién te ha dicho que esa solución está en mi mano?

—Una bruja.

—¿Una bruja, estás loca? Y me estás pidiendo que cometa una canallada.

—Te estoy suplicando que la ayudes. Yo he pedido consejo a la psicóloga y me ha hablado de esquizofrenia y no sé qué puñetas más, pero sé que no conseguirá nada. La bruja del herbolario, la señora Grass, me dijo que tú tenías que poseerla.

—Hablaré con Carrie, pero lo que me estás sugiriendo, olvídalo. Nada me gustaría más que hacerla mía, pero violarla… Estás loca, Melissa, y a esa bruja a la que has ido a consultar deberían encerrarla.

—Pues ella me dijo que tendríamos un accidente de automóvil antes de que ocurriera.

—Eso no es difícil de pronosticar si no se habla de un día y una hora concreta. El que más y el que menos sufre un accidente de tráfico.

—También dijo que sucedería algo muy tenebroso.

—¿Y tan tenebroso es que Carrie tenga algunos desarreglos emocionales o sexuales?

—No sé cómo decirlo, pero me temo que es mucho más grave de lo que estamos suponiendo.

—Está bien, terminemos con este asunto. Ya has visto la iglesia desconsagrada que se va a convertir en auditórium, que no es lo mismo que decir discoteca. Aquí se prohibirá la música enlatada. Toda la música que se haga, sea de coros, con sintetizadores o como sea, será en vivo. Ahora, volvamos a la ciudad y te sugiero que te vayas al apartamento de Emil con un vídeo un poco erótico, ya me entiendes. Lo pasáis por pantalla y a disfrutar, que en esta vida las alegrías duran poco.

Melissa hubiera deseado convencer a Daniel. Siempre había sabido que existía algo entre él y Carrie, pero le había parecido que no era importante y, por lo visto, el orgullo de ambos los había mantenido a distancia, como si fueran polos magnéticos iguales. ¿Cómo podría convencer a Daniel de que su imagen había aparecido como por arte de magia en la superficie del extraño

líquido que había en la fuente sobre la mesa de la trastienda de la herboristería?

CAPÍTULO X

Cuando la psicóloga Beatriz detuvo su automóvil frente al edificio de apartamentos en el que residía Carrie, no tuvo que esperar mucho.

Había llamado previamente por teléfono y Carrie ya aparecía por la puerta seguida por la mirada atemorizada del conserje que le había cogido miedo, y no se explicaba bien por qué. Aquel hombre estaba muy lejos de relacionar a la joven y bella Carrie con las extrañas muertes que en los últimos días se habían producido en la ciudad y que, según la policía, tenían conexión entre sí.

Carrie lanzó a los asientos posteriores la valija de piel en la que guardaba las ropas y objetos personales que iba a usar en aquel fin de semana. Beatriz, que no había detenido el motor del coche, quitó el pie del freno y pisó el acelerador.

—¿Cómo va eso, Carrie?

—Bien, bien.

—Un fin de semana junto al lago será bueno para desintoxicarnos.

—Nunca me ha gustado demasiado el campo y menos en invierno.

—A mí sí me gusta —respondió Beatriz sin desviar su atención de la conducción del coche en busca de una autopista para salir de la ciudad—. El hospital deprime y lo mismo les sucede a los pacientes que a nosotros los profesionales de la sanidad.

—Si deprime a todo el mundo, ¿por qué existen esos hospitales?

—Pues, deberían construirse nuevos centros hospitalarios pero con otra mentalidad, con otra arquitectura y funcionalidad, pero como económicamente eso no es posible, hay que seguir con lo viejo remozado mientras se hacen cosas nuevas.

—Los enfermos no pueden elegir, pero tú sí podrías largarte y buscarte la vida en otro sitio.

—Cuando me hice psicóloga pensaba en una clínica elegante, en una sala de consulta confortable y con todos los medios para que mis futuros pacientes se sintieran cómodos y abrieran sus corazones y sus mentes para que yo pudiera ayudarles a solucionar sus traumas —fue explicando con la mirada atenta a las rayas blancas pintadas en el asfalto y que dividían la autopista en seis carriles de la misma dirección.

—¿Y todo se quedó en sueños?

—Más o menos, luego vino la realidad. Hay psiquiatras y psicólogos muy bien instalados, pero hacían falta otros psicólogos para llevar a cabo encuestas para asuntos sociales y para hospitales. Elegí esto último porque estaba más cerca de lo que deseaba, así puedo ayudar a la gente, de otra manera, pero puedo ayudar. Te aseguro que nada tiene que ver mi labor profesional con la que muestran en las películas. La verdad en la vida práctica es muy diferente.

—Si empezaras, ¿estudiarías otra carrera?

—Ha habido momentos en que he pensado que sí, pero hay otras ocasiones en que no. La verdad es que todavía espero obtener algunas metas profesionales que me proporcionen la satisfacción del trabajo bien hecho, y no creas que es que busco el aplauso de los demás, simplemente busco mi propia satisfacción.

—Entonces, es que buscas a uno o dos locos de remate a los que poder curar para sentirte bien contigo misma.

—Dicho así… —Se rio sin soltar el volante—. ¿Puedes encenderme un cigarrillo? No me gusta fumar mientas conduzco, pero haré una excepción.

Carrie sacó con la mano izquierda un cigarrillo del paquete que había a la vista en la guantera. Se lo puso entre los labios y después buscó un encendedor.

Tras la primera bocanada de humo, pasó el pitillo a los labios de Beatriz que lo esperaba con la boca abierta.

—¿Te das cuenta de que hablo mucho? Parece que me esté psicoanalizando y que tú seas mi psicóloga.

—Y en cambio, es al revés.

—Salimos como amigas, ¿no?

—Sí, claro, como amigas —asintió Carrie sin entusiasmo alguno.

El lugar donde Beatriz tenía su cabaña estaba más lejos de lo

que en principio había supuesto Carrie.

Al fin, Beatriz detuvo el coche bajo un tejadillo que sobresalía del propio garaje.

—Si no he de estar mucho tiempo, dejo el coche aquí, si me paso varios días lo encierro, pero hay que ponerlo bajo cubierto por si nieva y esta noche tiene cara de querer nevar.

—¿Y el lago? —preguntó Carrie antes de apearse.

—Ya lo verás. Entremos, va a anochecer enseguida y hace frío. —Nada más bajar del coche Beatriz exclamó—: Ya empieza a nevar… Espero que sea una nevada pequeña, de lo contrario tendrían que venir a rescatarnos.

Beatriz se apresuró a abrir la puerta de la casa. Encendió las luces y lo primero que hizo fue dirigirse a la chimenea donde la leña ya estaba preparada y le prendió fuego.

—Ya verás cómo calienta. Ahora entraremos las bolsas, he traído algunas cosas para comer que espero te gusten.

—Seguro que sí —dijo Carrie cogiendo su bolsa de piel.

Las llamas en la chimenea aparecieron altas y generadoras de agradable calor. Beatriz, orgullosa, abrió un gran ventanal que había en el saloncito y pidió a Carrie: —Mira el lago. Ahora, con la nieve que empieza a caer, está más bonito.

Tal como pronosticara Beatriz, la amplia lar repleta de troncos propagó mucho calor. Cenaron allí mismo frente a ella. Escucharon música y Beatriz tomó una guitarra y comenzó a rasguearla entonando una balada melancólica. Cuando la terminó, Carrie aplaudió levemente y le dijo:

—Debes sentirte satisfecha de ti misma, tienes alegría de vivir.

—Estoy bien con mi conciencia, tengo pequeñas frustraciones y también pequeñas satisfacciones. Espero recibir algún día esas satisfacciones personales que busco, pero no me angustio por obtenerlas. Dejaré que vengan por sí solas, creo tener muchos años por delante.

—Mientes.

Aquella palabra hizo que Beatriz volviera la cabeza hacia su invitada. La había sorprendido pese a que sentía que dominaba la situación. Después de todo, estaba actuando en su territorio.

—¿Qué has dicho?

—Que mientes, si tienes prisa, por eso me has traído aquí. Me

has estado ofreciendo la hospitalidad en esta cabaña confortable con un ambiente precioso, pero lo que buscas es un éxito personal a mí costa.

—¿Estás recelosa?

—¿Piensas que no tengo motivos para estarlo?

—Vamos, Carrie, relájate. Aquí no hay camisas de fuerza ni fármacos de clase alguna, no hay enfermeros forzudos ni matronas. Aquí solo somos dos amigas que estamos pasando un fin de semana juntas y que podemos tenemos mutua confianza.

—Con un ambiente como este es fácil crear intimidad. Se pueden confesar los problemas con demasiada ligereza. Eres muy astuta, Beatriz. Me has estado hablando por el camino de hospitales y de clínicas con diván y de lo que hacen los psiquiatras y psicólogos en las películas, pero tú, tú lo has hecho mucho mejor. Has creado un clima que tenía que condicionarme para quedar en tus manos y dejarme manejar por ti, y como supongo que no te traes aquí a todos los enfermos psicópatas del hospital para curarlos, vas a decirme qué es lo que esperas de mí.

—Todo esto que acabas de decir, ¿se te ha ocurrido de pronto o ya venías recelosa y prevenida?

—¿Qué más da? El caso es que tú pretendes psicoanalizarme en este ambiente.

Beatriz suspiró sin soltar la guitarra que rasgueó mecánicamente sin seguir ningún compás, como para hacer algo con sus dedos, mientras la verdadera música ambiental la ponía el crepitar de los leños dentro de la chimenea.

—Tu caso es muy especial, Carrie, y yo diría que no puede encontrarse en ninguno de los tratados de psicología. Habría que buscar en las anécdotas no explicadas y que se archivan en secreto en las consultas de psiquiatras y psicólogos.

—¿Tan complicada soy?

—Lo que te ocurre a ti no tiene explicación a menos que yo esté equivocada y haya otras motivaciones para tu cambio de actitud. Viajabas en el coche con tu amiga, os vino de frente un automóvil desconocido perseguido por la policía y hubo la gran colisión. El delincuente que escapaba, al parecer murió carbonizado, tú y tu amiga sufristeis mucho pero os salvasteis. En el momento de la colisión estuviste al borde de la muerte por el golpe que te diste en

el cráneo. Quizás otros menos científicos podrían decir que llegaste a morir durante un breve espacio de tiempo y que después reviviste.

Carrie se echó a reír.

—¿Soy una muerta resucitada?

—Yo no diría eso. Soy escolástica y cartesiana, pero en ocasiones tengo mis dudas. Siempre hay fenómenos que la ciencia no puede explicar y entonces prefiere ignorar el caso, lo arrincona o simplemente dice que como es indemostrable, no existe.

—Eso es una barbaridad.

—Yo también lo pienso. Verás, Carrie, yo creo que en ese preciso instante, tu espíritu, tu psiquismo y muchas cosas dentro de tu cabeza cambiaron. Físicamente seguías siendo la que eras, tenías los mismos sentidos y sensaciones corporales, también tenías la misma memoria, pero algo inexplicable se metió en tu cabeza.

—¿El qué?

—No es muy profesional por mí parte explicarte lo que pienso, pero para que veas que deseo ser sincera contigo, te lo voy a decir.

Hizo una pausa, miró las llamas que envolvían los leños de la chimenea como buscando algo y dijo:

—El espíritu de otro ser se coló en tu mente en aquel momento en el que tu propio espíritu se hundía en la muerte. Lo que no sé es si llegaste a perder la personalidad de Carrie y tu espíritu vaga ahora por esas dimensiones desconocidas que todas las religiones tratan de explicar sin conseguirlo, o se quedó arrinconado, sometido en algún pliegue de tu cerebro por ese otro espíritu extraño que entró en ti y que es más poderoso, más agresivo y totalmente distinto.

—¿Y de quién podía ser ese espíritu? —preguntó riéndose.

—Físicamente eres Carrie, pero he llegado a la quizás absurda conclusión de que tu cuerpo alberga el espíritu de Kappa, el delincuente que murió carbonizado en el accidente y yo pretendo ayudarte a recobrar tu verdadera personalidad.

—Soy tu gran caso —dijo Carrie poniéndose en pie y acercándose a la chimenea. Se interpuso entre el fuego y Beatriz, quedando con las llamas de fondo. Sin dejar de hablar, comenzó a quitarse la ropa—. Pero, aunque así fuera, ningún colega tuyo se lo iba a creer.

—Es cierto. Intento ayudarte, pero lo cierto es que no sé cómo

hacerlo.

—¿Y si te dijera que no quiero ayudas, que estoy bien cómo estoy?

—Me preocupas. He buscado tu expediente en la policía y sé que eras peligroso, que llegaste a matar, y se te suponen asesinatos que jamás podrán ser probados.

—Y si soy tan malvado, ¿cómo te has arriesgado a traerme aquí?

—Porque creo que puedo ayudarte.

—Yo no necesito tu ayuda. Ya me has estado hablando como si yo fuera un hombre y no una mujer, como si fuera ese Kappa y no la Carrie que conoces.

—Es que estoy convencida de que eres el delincuente que murió. No puedo explicar cómo sucedió, pero…

Beatriz, excitada, se había levantado. Carrie se le acercó hasta abrazarla y luego buscó su boca para besarla.

—¡Suéltame!

Beatriz logró zafarse de Carrie, pero esta le dio un puñetazo que solo podía parecerse al que propinara un hombre. Beatriz se fue al suelo, sobre la alfombra de lana. Carrie encontró un ancho cinturón de piel, lo cogió por la hebilla y lo hizo restallar en el aire.

Cuando Beatriz iba a reincorporarse, la flageló brutalmente haciéndola caer de nuevo.

—¡Sabes demasiado, psicóloga de mierda, y yo te voy a dar lo que mereces!

—¡Noooo, nooo!

Una y otra vez la castigó con la correa.

Beatriz trataba de esconderse sin conseguirlo, no había podido levantarse y se encogía sobre sí misma, pero los golpes la iban maltratando de manera que sus fuerzas escapaban y su resistencia también. Ya no gritaba, solo lanzaba quejidos cada vez que el cuero golpeaba su cuerpo.

—Y ahora…

La despojó de los zapatos, los pantalones y las bragas hasta dejarla desnuda de cintura hasta los pies.

Ante los ojos turbios y mareados de Beatriz, Carrie se colocó el pene artificial sujetado por correas a sus caderas e ingles y se volcó sobre su víctima.

—¡Nooo, noo! —gritó Beatriz, pero estaba vencida.

Carrie la penetró con aquel miembro artificial y la sacudió cuanto pudo en busca de una satisfacción que no llegaba.

Carrie rugía de rabia, su rostro se iba tiñendo de rojo y sus ojos semejaban desorbitarse mientras su víctima se desmadejaba como una muñeca rota.

Se apartó de Beatriz frustrada, mirando al fuego. De pronto Beatriz, que había conseguido asir con la mano un leño por hallarse cerca de la pequeña leñera que estaba junto a la chimenea, golpeó con él la cabeza de Carrie haciéndola perder el conocimiento y terminando así con la horrible pesadilla.

Todavía sin aire, al borde del desmayo, Beatriz descubrió en el gran ventanal, al otro lado de los cristales, un gato negro que maullaba quejoso y al mismo tiempo amenazador.

CAPÍTULO XI

El director del hospital miró con preocupación a la psicóloga Beatriz que estaba sentada frente a él, al otro lado de la imponente mesa escritorio.

—Puedes hacer una denuncia en su contra por agresión y abusos deshonestos.

—No —respondió la psicóloga, firme pero sin violencia. Bajo las ropas ocultaba un cuerpo lleno de dolorosos cardenales.

—Entonces, dejaré que se vaya.

—Debería ser observada con mayor atención, es un caso muy especial.

—Desde que la trajiste sedada con fármacos la hemos mantenido en observación. Tres psiquiatras la han estudiado y no han hallado ninguna anormalidad en ella salvo ciertos rasgos emocionales masculinoides, y no es ningún delito ser homosexual salvo que provoque escándalo público. Tú puedes denunciarla, tienes motivos para ello, pero piensa en todos los problemas que luego acarrearía en la corte demostrar que fue ella la provocadora y no tú que la llevaste a tu cabaña. En fin, saldrías mal parada si la defendía un

buen abogado. Creo que hay que dejarla ir y así lo haré. Ahora, si ella quisiera ponernos pleito, podría hacerlo por retención ilegal. Espero que no lo haga, porque a esa muchacha tampoco le conviene un escándalo.

—Lleva un demonio dentro, su caso escapa a la ciencia.

—Por favor, Beatriz, no sigas hablando así o tendré que pedir tu cese en este hospital.

La mujer bajó la cabeza.

Dos horas más tarde, circunspecta y distante a cuanto la rodeaba, Carrie abandonaba el hospital al que había sido trasladada sedada en una ambulancia.

Cuando llegó a su apartamento, se desnudó arrojando sus ropas lejos de sí. Frente al espejo, contemplándose, se echó a reír. Era una risa fuerte, diabólica.

De pronto, su rostro se fue desencajando y su cabeza comenzó a sentir un intenso dolor. Había una lucha feroz dentro de su cerebro, la lucha entre dos fuerzas distintas cada una de las cuales pretendía hacerse con el poder absoluto de la mente.

Carrie sintió que se le doblaban las rodillas y rodó por el suelo presa de una especie de locura. Se sujetó la cabeza con ambas manos como si quisiera separarla del resto del cuerpo.

Se volcó dentro de la bañera y abrió la ducha fría buscando que los finos dardos gélidos golpearan su cabeza para aligerarla de aquella presión insoportable que la torturaba.

—¡Noo, noo, no me iré, nooo! —rugió con una voz que nadie de quienes la conocían hubiera identificado como suya.

De pronto, incapaz de soportar más, perdió el sentido mientras el agua continuaba cayendo fina y fría dentro de la bañera.

Cuando despertó, estaba mojada y aterida, todo su cuerpo sufría calambres. Se secó y se metió en la cama. La fiebre se apoderó de su cuerpo y sin saber cuánto tiempo pasaba, sufrió la pesadilla de que quedaba atrapada dentro de un coche y que este ardía en torno suyo, quemándola viva.

Gritó en repetidas ocasiones hasta que en uno de sus alaridos de terror, al abrir los ojos, descubrió junto a la cama a dos personas.

Carrie los miró como no reconociéndolos.

—Carrie, soy Melissa, él es Daniel.

—Sí, sí, claro… Creo, creo que tenía una pesadilla.

—Le di mi número de teléfono al portero por si ocurría algo y cómo has gritado varias veces en sueños, los vecinos se lo han dicho al portero y él me ha avisado.

—Gracias por venir. No me he sentido bien, creo que he pasado mucho frío.

—Cuidaremos de ti, no te preocupes —le dijo Daniel sonriente.

Carrie agradeció la compañía, se sentía muy débil. De su cuerpo habían escapado muchas fuerzas y durante todo el tiempo que permaneciera en la cama, no sabía cuántos días, no había comido ni bebido.

—Yo te cuidaré —le dijo Daniel, y así lo hizo, demostrándole que sabía preparar cosas sencillas pero apetitosas que ayudaron a su recuperación.

—Es hora de que salgas a la calle —le dijo Daniel después de varios días de acudir al apartamento y tratarla con el máximo de respeto y solicitud. Le había llevado la comida y le había pasado videos musicales para que se divirtiera.

—Eres fabuloso, Daniel, no había pensado que fueras así.

—Y tú sigues siendo muy hermosa, el accidente no te mermó nada. ¿Sabes que a Melissa la intervendrán dentro de tres días para arreglarle las cicatrices de la cara? No creo que se las hagan desaparecer por completo, pero la mejorarán mucho.

—Sí, seguro que recupera su belleza —dijo Carrie sin entusiasmo.

—Verás, estoy metido en una gran obra, una especie de auditórium musical dentro de una antigua iglesia, será algo fantástico. Estoy haciendo unas pruebas prácticas antes de dar por concluidos los planos. Si salen bien, luego entrará a saco el constructor con sus albañiles, carpinteros, soldadores, encofradores, etcétera, todo ese mundo hormigueante de la construcción.

—¿Y todo será creación tuya?

—Sí, una obra mía, y allí se hará la mejor música moderna de este siglo, por lo menos así espero que suceda, de lo contrario me sentiría muy defraudado.

Carrie, buscando la normalidad por un tiempo y no llamar más la atención de psicólogos y psiquiatras, pues sabía que corría el riesgo de ser encerrada en un manicomio, decidió seguir la corriente a Daniel. Por otra parte, emociones incontrolables la

hacían acercarse al hombre. Se sentía a gusto a su lado mientras su mente lo rechazaba, evitando hipócritamente que este sentimiento pudiera notarse.

La presencia de Daniel aumentó sus jaquecas, sus luchas mentales. Dos fuerzas contrapuestas seguían peleando para hacerse con el control total de su cerebro.

—Mira, ya llegamos —dijo Daniel después de cruzar el bosque por la serpenteante carretera.

—¿Por qué venimos aquí de noche? —preguntó Carrie algo recelosa.

—Porque el lugar te parecerá más hermoso. Tus ojos se fijarán menos en la fealdad de lo destruido y admirarás más el conjunto. Además, tenemos un plenilunio espléndido.

El hombre hizo pasar el coche bajo el secular arco de piedra. Se internó en la finca ascendiendo por el camino de la loma y se detuvo frente a la entrada. Dejó los faros encendidos con la luz larga para iluminar la fachada.

—¿Qué te parece?

—Pues, una vieja iglesia —opinó Carrie sin entusiasmo alguno.

—Así es. Hay paredes que se caen, pero yo la dejaré que será una gran atracción. Anda, vamos.

—¿Hay que salir?

—Sí. De momento, estoy con pruebas de luminotecnia.

Daniel la arrastró con entusiasmo hacia la iglesia desconsagrada. Entraron por la gran puerta y pronto pudieron ver el interior sin bancos, con el techo tan derribado que la luz de la luna se filtraba a raudales por él.

—Yo no le veo belleza a esto —opinó Carrie.

—Espera…

Daniel sacó de su bolsillo un mando de control a distancia. Comenzó a pulsar botones dando claves y se fueron encendiendo luces intermitentes, rojas, azules, verdes. Estaban en todas partes y brillaban como fogonazos en medio de una gran batalla.

—Es bonito, como una gran discoteca.

—Ven, ven aquí donde debía estar el altar cuando la iglesia estaba consagrada…

La llevó al emplazamiento primitivo del altar y siguió pulsando botones. Las luces cambiaron al tiempo que comenzaba a oírse

música de sintetizadores. Era la Séptima Sinfonía de Beethoven en una versión libre y avanzada.

—Es imponente —acabó admitiendo Carrie.

Sus ojos se llenaron de luces de colores y sus oídos con aquella música que hacía temblar hasta a las piedras.

Carrie fue mirando en derredor y descubrió la luna hermosa y redonda por entre los focos cegadores. Cuando se volvió hacia Daniel, este se había quitado los pantalones y se estaba despojando del jersey de lana negra que llevaba.

—¿Qué haces?

—Carrie, te quiero, te quiero y deseo que nos amemos aquí mismo.

—¡Estás loco!

—No. Te quiero, lo he callado durante mucho tiempo, pero ahora es diferente. No sé si mañana me querrás o me odiarás, no lo sé aún, pero ahora haremos el amor en este lugar donde hace siglos hubo un altar que bendecirá nuestra cópula.

—¡No!

Carrie intentó huir, pero Daniel se lo impidió sujetándola por los brazos.

—Relájate, pon amor también y todo será mejor para los dos.

—¡No, noo! —chilló al borde de la histeria.

—Hace frío, pero mi cuerpo hará que el tuyo abrase.

Sin contemplaciones, queriéndole demostrar que no solo el amor sino también la fuerza estaba en él, le rasgó el vestido. Hizo saltar hacia delante los hermosos pechos, pero Carrie le dio un puñetazo en el rostro que le hizo tambalear, un puñetazo impropio de una mujer. Entonces, Daniel recordó las palabras de Melissa: “Viólala, viólala, solo así la salvarás…” —¡Te quiero!

—¡No, no, nooo! —chillaba Carrie derribada por la fuerza de Daniel que fue destrozando sus ropas. Se daba cuenta de que no solo era más débil que el hombre, sino que además su cuerpo cedía, se entregaba a él. Sus piernas se separaban, su cuerpo se arqueaba.

El espíritu extraño que anidaba en la mente de Carrie no lograba controlar aquel cuerpo que ansiaba deseo y a la vez liberarse.

—¡Ah!

Daniel se sintió dentro de ella hasta el fondo y a partir de aquel momento, la amó con suavidad, sin violencia, con infinita

delicadeza, desatando emociones que conseguía liberar despacio, sin prisas.

—¡No, no, no! —negaba Carrie mientras su cuerpo era sacudido lentamente y su vientre sentía la fuerza viril.

De pronto, Daniel vio que los ojos de la joven se encendían de tonalidades rojizas y su boca se abría para dejar escapar un vaho blanquecino y denso que iba tomando forma humana.

Era ectoplasma, estaba seguro. No lo había visto jamás pero estuvo seguro de que lo era.

No tuvo miedo, sabía que debía seguir adelante, hasta el éxtasis.

Carrie dejó de gritar para comenzar a gemir de placer mientras su cuerpo transpiraba un ligero sudor.

El ectoplasma se apartó de su cuerpo en medio del fragor de la Séptima Sinfonía interpretada por un alucinado con sintetizadores.

Un enorme gato negro de grandes ojos amarillos, saltó de algún lugar en sombras para caer sobre la masa de ectoplasma con figura humanoide que se alejaba.

—Ya eres mío… ¡Miauuuu! —gritó aquella bestia oscura y siniestra.

Se escucharon como alaridos y la figura ectoplasmática y el gato negro desaparecieron.

Carrie no gritaba. Sus ojos tenían ya su color habitual y jadeaba lentamente. Sus brazos rodearon el cuello de Daniel para que no escapara mientras repetía con dulzura:

—Te amo, te amo…

FIN



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 90 Pts